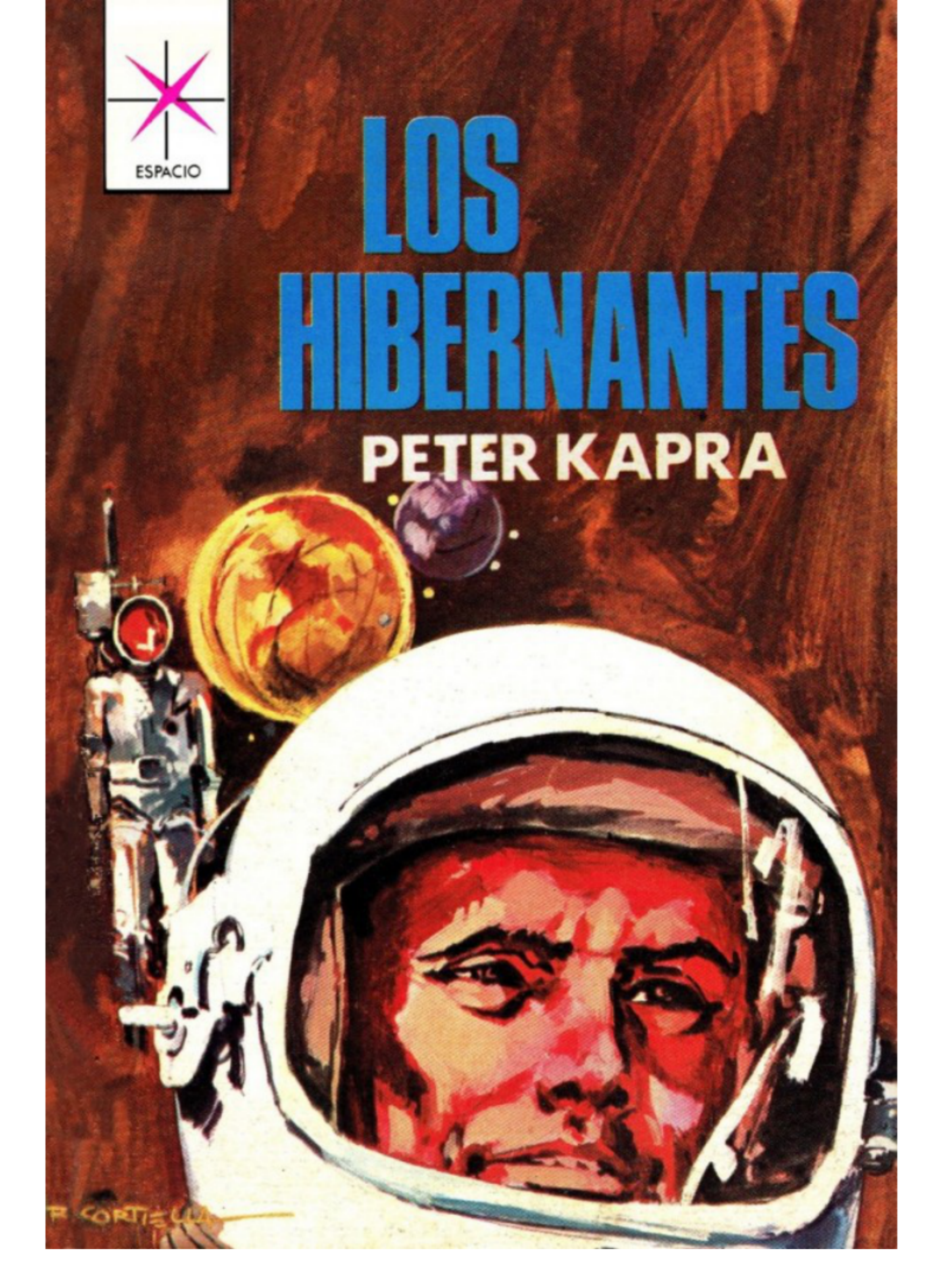

ESPACIO
LOS HIBERNANTES
PETER KAPRA
R. CORTIELLA

PETER KAPRA

LOS HIBERNANTES

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: R. CORTIELLA

Depósito Legal: B. 48.173 – 1970

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

«El hombre sólo existe para ser superado. ¿Qué habéis hecho vosotros para superarlo?

E. Nietzsche

CAPÍTULO PRIMERO

La voz sonó vibrante a oídos del Jefe:

— Señor, el radioscopio de profundidad ha detectado algo en Agamenón.

— ¿Qué? —preguntó secamente Foex.

— Harry no está muy seguro... Algo así como un cubo metálico. Lo estoy viendo perfilarse en la pantalla.

— Pásame la imagen al Control Uno, Joel.

— Sí, señor.

El Jefe dirigió sus ojos negros y penetrantes hacia una de las pantallas cromáticas que había en el enorme panel de la cámara. El cuadro se iluminó súbitamente y apareció una imagen confusa.

— ¿Ve usted el cubo en el centro, señor? — casi en el acto, se oyó la voz del Segundo Jefe, Joel Nielsen, con inconfundible tono lleno de nerviosismo.

El Jefe replicó con otra pregunta:

— ¿A qué profundidad convergen las ondas radioscópicas, Joel?

— Ciento diez metros... De la superficie de Agamenón —contestó una voz trémula y aguda.

— ¿Estás seguro, Harry?

— Sí, Segundo.

— ¿Ha oído usted, Señor?

— He oído, Joel —replicó el Jefe, quien no apartaba la mirada de la imagen borrosa que fluctuaba en el Control Uno.

—¿Y Qué opina, señor? —insistió, a través del encuito de comunicaciones, la inquieta voz de Joel Nielsen.

El Jefe tardó unos segundos en responder:

— Carecemos de datos para opinar, Joel. Debemos efectuar una exploración *in situ.*

—¿Hemos de emplear la perforadora?

— Si no disponemos de otro medio mejor, sí con- testó el Jefe en tono tajante—. Avisa a la doctora Creutzer y dispón una nave auxiliar para descender sobre ese planetoide.

Mientras hablaba, el Jefe de la astronave «Topace», en servicio de exploración y reconocimiento, se había puesto en pie.

Era un hombre alto, fuerte, bien proporcionado. Su cabello negro y corto, peinado cuidadosamente, parecía un casco de ébano sobre su cabeza. Iba perfectamente rasurado y vestido con la casaca plateada de los altos jefes de las Fuerzas del Espacio.

Sobre el pecho lucía los cohetes cruzados y el sol, juntamente con las estrellas del coronel. En la placa metálica, bajo el distintivo, se leía: coronel Larry Foex.

Con paso elástico, el Jefe se acercó al panel de control, en cuya pantalla había desaparecido ya la imagen enviada por el gabinete de exploración radioscópica.

Con un gesto firme y rápido, el Jefe presionó un conmutador.

— Rob, orbitación permanente —dijo—. Vamos a explorar Agamenón.

— Sí, señor — contestó una voz a través del altoparlante.

— Posición orbital 9-0-6-A.

Como un eco, la otra voz repitió sus palabras.

En el oscuro, inmenso y silencioso mundo exterior, bajo la tenue luz grisácea reflejada por el planetoide, la astronave «Topace» efectuó la corrección deseada, desviando su aguda proa hacia la dirección del pequeño mundo próximo.

Los quinientos tripulantes de la nave supieron, por una señal acústica repetida tres veces, que había sido modificado el curso de su trayectoria. Al mismo tiempo, cambiaba también la tediosa y monótona rutina de las interminables horas de viaje espacial.

Cuando el Jefe abandonó su cámara y cruzó el dintel de una puerta electrónica, comprobó la premura y la exactitud con que las personas a su mando obedecían las órdenes. Pasillos, ascensores, escaleras y accesos interiores, eran un hervidero de hombres y mujeres uniformados. La característica principal de todos era la edad. Todos los tripulantes de la «Topace» parecían tener la misma edad. Nadie pasaba de los cuarenta años y todos habían cumplido los treinta.

Nadie se detuvo a saludar al Jefe, ni éste se fijó particularmente en ninguno. Avanzó por la plataforma circular y llegó hasta una cabina deslizante. Antes de penetrar en ella, presionó uno de los pulsadores, confiando a la memoria electrónica su destino: Hangar-13. Plataforma Uno.

El Jefe entró en la cabina, se cerró la puerta y, casi en el acto, se abrió de nuevo. Con una rapidez vertiginosa, pero sin que Larry Foex se hubiese percatado, el ingenio motriz le había trasladado, por el interior de las entrañas de la nave, hasta el lugar deseado.

Larry Foex salió de la cabina y vio que muchas personas se movían

ordenadamente en torno a una pequeña nave auxiliar.

Algunos tripulantes, ya ataviados con equipos de vacío y cascos de «vitrex» transparente, ayudaban a otros a subir a bordo.

Una mujer, de singular hermosura, cabellos dorados, rostro ovalado, nariz retadora y ojos verdiazules, que había estado hablando con un oficial, al ver aparecer al Jefe, se destacó del grupo y se acercó a él.

— ¿Qué ocurre, Señor? —preguntó la mujer.

El Jefe se detuvo y sonrió.

— Algo extraño, Cloe. A cien metros de profundidad, bajo la inhóspita corteza de Agamenón, Harry Merck ha descubierto un cuerpo cúbico perfecto.

Los bellos ojos de la doctora Cloe Creutzer, esposa del famoso Consejero Ben Creutzer, se agrandaron extraordinariamente.

— La asimetría natural es el primer axioma que… — empezó a decir la doctora en geología.

Su superior la atajó con sequedad, aunque sin dejar de sonreír.

— Rechaza el origen natural. Quiero que llegues hasta ese objeto y averigües de qué se trata. Sondea o perfora. No tenemos prisa. Tenme informado constantemente.

Cloe Creutzer conocía muy bien al Jefe. Le admiraba públicamente y le amaba en secreto. Larry Foex era el hombre anhelado por una mujer cualquiera que fuese su condición.

Ella no podía quejarse de su suerte o destino. Se había casado con un personaje notable. Su marido dirigía, en Atlántida, la capital mundial, parte de los destinos universales de la Humanidad. Era la esposa de un Consejero de Estado.

Sin embargo, Cloe rechazó el fastuoso mundo de la política, renunció a su suntuoso palacio, a sus criados, a la vida plácida y elegante de la mejor sociedad de Atlántida, para solicitar el puesto de ingeniero geólogo en la nave de exploración espacial «Topace». Cloe cambió una existencia de apariencia maravillosa por la rígida y estricta disciplina de una astronave que llevaba ya tres años y medio en la soledad del espacio.

— Sí, señor — dijo ella.

— No quiero que corras riesgos, Cleo. Te repito que no tenemos prisa —insistió el Jefe.

«¿Te preocupas por mí, coronel Foex? —pensó ella—. ¿Es posible que sientas humanamente hacia una mujer? ¿Cómo olvidar el momento aquél? ¿Cómo has podido vivir tanto tiempo sin evocar siquiera mi súplica?… «¡No, doctora!» —dijiste—. «Es usted la esposa del Consejero Creutzer». Y yo no amo a Benny… ¡Te quiero a ti!»

— Descuide, señor — replicó Cloe Creutzer, sonriendo ligeramente —. No correré riesgo alguno. ¿Tiene alguna idea de lo que pueda ser?

— Demasiadas conjeturas. No obstante, en la geometría perfecta siempre intuyo la mano del hombre.

— ¿Alguna nueva raza?

Larry Foex hizo un gesto despectivo.

— ¡Por favor, Cloe! —exclamó—. ¿Cómo puedes creer eso? Eres una persona culta. Cuando digo el hombre, me refiero a nosotros.

— ¿Nosotros? ¿Quién ha podido llegar hasta aquí?

— Durante la última confrontación bélica, desaparecieron muchas naves de las bases lunares, de las que no hemos vuelto a saber nada. Agamenón pudo servir de refugio o de base de aprovisionamiento de los sediciosos evadidos de Alpen.

— ¿Y qué hacemos si somos atacados por esos evadidos? — preguntó ella, sin aparentar temor o inquietud.

— ¿Atacados? —Ahora fue Larry Foex el sorprendido—. ¿Por qué no suponer, después de ciento once años, que los evadidos hayan muerto y que aquí sólo hallemos vestigios de su paso o, lo que sería maravilloso, a sus descendientes?

Cloe Creutzer entornó los ojos.

— Es mejor averiguar de qué se trata, Cleo — continuó diciendo el Jefe—. Luego haremos las conjeturas.

— Sí, señor —murmuró ella, antes de dar media vuelta.

* * *

Joel Nielsen, Segundo Jefe de la astronave de exploración espacial «Topace», vaciló unos segundos antes de cruzar la línea invisible que interrumpía el circuito electrónico que daba acceso a la cámara del coronel Larry Foex. Si daba un paso más, la puerta metálica se abriría silenciosamente y eso le obligaría a entrar.

¿Quería hablar personalmente con el Jefe o no?

Anticipó la entrevista. Intuyó al Jefe alzando la cabeza y aceptando su visita. Le ofrecería un asiento ante su mesa giratoria. Luego, le preguntaría: «¿Qué ocurre, Joel?». Y él no sabría qué contestarle. Posiblemente se pondría nervioso, dudaría, vacilaría o no acertaría a dar ninguna explicación. Esto podría ser desastroso.

El jefe parecía poseer un sentido oculto de penetración mental. Posiblemente adivinaría sus pensamientos. Y esto aterraba a Joel Nielsen. Le sobrecogía el ánimo sólo con pensar que el Jefe pudiera intuir o siquiera sospechar que él ambicionaba...

Ni siquiera se atrevió a pensar cuál era su más secreto e íntimo

deseo. Estaba convencido de que Larry se lo leería en la cara. Por ello retrocedió, pensando que era preferible comunicar al Jefe la noticia por el visófono.

Pero la puerta de la cámara se descorrió en aquel mismo instante, y Larry Foex, al otro lado del dintel, se detuvo, perplejo, al ver a su segundo a pocos metros.

— Hola, Joel. ¿Alguna novedad?

— Sí, señor — contestó Joel, recurriendo a teda su serenidad para no demostrar la inquietud que le embargaba.

— ¿Qué ocurre, pues?

— Un mensaje de Atlántida… Para la doctora Creutzer.

— ¡Ah! Si sólo es eso, envíaselo a la nave auxiliar. Ellos se lo comunicarán. ¿O es privado?

— Pensé que a usted le interesaría saberlo. Es una noticia oficial.

— Vamos, Joel —Larry Foex se impacientó, cruzó el umbral y se acercó a su subalterno—. ¿Por qué dudas?

— El Consejero Creutzer ha muerto. Señor.

— ¿Muerto? —Larry Foex abrió los ojos desmesuradamente.

— Sí, señor. Un accidente aéreo. No sé cómo pueden ocurrir estas cosas, pero suceden. El mensaje dice que el navío teleguiado cambió de rumbo y se precipitó a tierra, a veinte millas de Kalankala, en el territorio del Niger.

Joel Nielsen hablaba precipitadamente, de modo incoherente, sin darse cuenta de que su superior apenas si le escuchaba ya.

— El Consejero Creutzer habría podido llegar a Presidente. Su carrera política…

— Ordena que me preparen una «balsa», Joel — le atajó el Jefe —. Voy a vestirme el traje de vacío. Deseo comunicar personalmente la noticia a Cloe.

Antes de que Joel Nielsen pudiera responder, Larry Foex había dado media vuelta y regresado a su cámara, para dirigirse luego a una de las dependencias privadas interiores.

Fuera, mordiéndose ligeramente los labios, Joel Nielsen mascullaba entre dientes:

— ¡La quieres! ¡Ésta es tu oportunidad, condenado! ¡Pero yo también la quiero y trataré de conseguirla! ¡Ahora que su esposo ha muerto, tengo tanto derecho a ella como tú!

Al dar media vuelta para dirigirse al Control de Navegación, en el pecho de Joel Nielsen ardía un volcán de pasión incontenible y su mente hervía de ideas disparatadas, entre las que destacaba la exquisita imagen de Cloe Creutzer, considerada por todos los

tripulantes varones de la «Topace» como la mujer más sugestiva y fascinante de a bordo.

* * *

Sin embargo, Larry Foex, al entrar en la improvisada cámara de aire de la galería practicada por la máquina perforadora, se encontró con una Cloe Creutzer muy distinta a como el Segundo Comandante la soñaba.

La geólogo se había quitado el casco de «vitrex» v tenía el rostro sucio de carbón, así como su traje de vacío, y además sudaba copiosamente.

Antes de acercarse a la joven, Larry miró en tomo suyo, contemplando a los hombres que trabajaban con los sopletes de arco voltaico sobre un muro negro como el grafito.

— ¿Qué está ocurriendo aquí?

— Véalo usted mismo, señor —contestó Cloe con voz desfallecida —. Ese metal es más duro que el diamante. Dudo que podamos perforarlo. ¿No ha recibido mi informe?

— No... Acabo de levantarme. Llevaba muchas horas sin dormir—. El Jefe miró fijamente a Cloe—. Tengo malas noticias para ti.

— ¿Peor que éstas? —rezongó ella tristemente—. Hemos llegado hasta aquí con facilidad y nos encontramos con el muro más tenaz de cuantos he tropezado en mi vida. Ni siquiera sabemos qué clase de metal es ése. Los desintegradores no le ata...

— Se trata de tu esposo, Cloe.

— ¿De mi esposo? ¿Qué sucede con él? ¿Le han nombrado Presidente?

Cloe Creutzer no parecía muy interesada en lo que Larry Foex venía a decirle, porque estaba mirando a donde los miembros del equipo de perforación, cubiertos con trajes aislantes, intentaban abrir brecha en el indestructible muro metálico.

— Siento decirte que el Consejero Creutzer ha... sufrido un accidente.

Los ojos verdiazules de Cloe se volvieron rápidamente hacia Larry Foex.

— ¿Un accidente?

— Grave —musitó el Jefe, extendiendo la mano derecha y asiendo a la mujer por el brazo —. Ha muerto.

Él sintió el estremecimiento que sacudió a Cloe.

— ¿Muerto? ¿Ha muerto Benny? No puedo… ¡No puedo creerlo!

— Es cierto. Nos ha sido comunicada por radio. He querido ser yo el primero en…

Cloe ocultó el rostro en el pecho de él. Las personas que les rodeaban, comprendiendo la gravedad de momento, cesaron en su trabajo. Algunos se acercaron tímidamente. En sus ojos se traducía la curiosidad.

— Será mejor que vuelvas a la nave, Cloe. El ingeniero Tenn ocupará tu puesto.

Cloe alzó vivamente la cabeza, se frotó los ojos con el dorso de la mano y miró al Jefe Supremo de la astronave «Topace».

— No, señor Foex. Esta noticia no me impedirá cumplir con mi deber. Hemos hallado un obstáculo muy extraño y debemos atravesarlo. No quiero ser relevada… Siento mucho lo ocurrido a Ben… Si estuviésemos en la Tierra, encabezaría su sepelio… Hace años que no le veo. Él vivía su vida, y yo, la mía… Perdone, señor. Ni siquiera siento dolor.

— ¡Creí que le amabas! —exclamó Larry, ajeno a la curiosidad de sus subordinados.

— Dejemos eso, señor —contestó Cloe vivamente—. Prefiero más encontrar el medio de perforar ese endiablado obstáculo… No me juzgue mal. Pero adivino que estamos ante algo mucho más importante que… que…

— ¿Que qué? —preguntó Larry Foex secamente.

La mujer alzó la cabeza, respiró profundamente y luego, con voz entrecortada, repuso:

— Más importante que todo lo realizado por la Humanidad hasta ahora.

— ¿A qué te refieres, Cloe?

— A esa especie de tumba metálica —contestó ella, señalando hacia el fondo de la perforación—-. No es un metal corriente. Se trata de un material indestructible. Billy Tenn está de acuerdo conmigo. Los sopletes no consiguen atacarlo y las sondas revelan cosas extraordinarias dentro de ese… ¡ese templo funerario!

El Jefe frunció el ceño. Sin replicar, avanzó hacia donde los miembros del equipo de perforación habían cesado en su labor, a la espera de instrucciones. Un hombre, con semblante pálido y aspecto nervioso, se adelantó.

— Es imposible, Señor. Hemos fundido los diodos. Sólo conseguimos calentar brevemente el metal.

— ¿Estás seguro de que es metal, Tenn?

— No lo sé. No estoy seguro de nada. Ni siquiera creo que sea real.

— Déjate de simplezas, Tenn. Ordena que se perfore por ambos lados. Si es preciso, aislaremos ese recipiente. Debe haber alguna entrada.

— Eso mismo estaba pensando yo — añadió Cloe

Creutzer, quien se había acercado a espaldas de Larry Foex—. Descarnaremos el metal en todos sentidos. Puede que el Jefe tenga razón... ¡Vamos, traed las perforadoras nucleares!

CAPÍTULO II

Aquella especie de magma humeante se deslizaba por el canal que sostenían los hombres ataviados con trajes aislantes. La temperatura superaba los dos mil grados centígrados y los equipos de refrigeración individual funcionaban al máximo. Pese a ello, el Jefe sudaba copiosamente dentro de su escafandra.

A su lado, Cloe Creutzer, con los ojos muy abiertos tras el visor de protección, miraba el lugar donde coincidían los tres chorros dirigidos contra la casi incandescente plancha de forma ovoide.

Nadie hablaba. Todos parecían contener incluso el aliento, las ideas y los anhelos.

Al perforar el terreno, descubrieron lo que consideraron puerta de acceso al interior de la caja metálica. Ahora pretendían fundir la entrada para penetrar en el interior y descubrir el secreto. Para lograrlo, el Jefe había mandado traer tres proyectores desintegrantes del tipo «Zet-12», que eran los más poderosos fundidores iónicos conocidos hasta la fecha. Para protegerse de sus radiaciones, había sido preciso colocar una pantalla protectora, de cuya eficacia empezaban a dudar todos.

De repente, William Tenn emitió un grito.

— ¡Mire, Señor!

Dos docenas de pares de ojos se agrandaron extraordinariamente. Los cuellos se alargaron con curiosidad.

La puerta acababa de abrirse.

— ¡Alto! —gritó el Jefe.

Al conjuro de esta orden, los tres chorros de fuego nuclear se extinguieren y toda la caverna quedó de nuevo iluminada por los focos auxiliares.

— ¡Proyectores de absorción radiactiva! —añadió Larry Foex en tono apremiante.

Obedecida la orden por el equipo previamente dispuesto, un oficial del control de contaminación recorrió con su aparato toda la pantalla de protección, para luego volverse hacia Larry Foex, Cloe Creutzer y el ingeniero Tenn.

— Contaminación eliminada, Señor.

— Retirar la pantalla — ordenó Larry; acto seguido se volvió hacia el ingeniero Tenn y ordenó—: Penetra tú ahí. Billy.

— ¡Yo soy la ingeniero jefe! —exclamó Cloe Creutzer.

— Tú permanecerás aquí con nosotros, Cloe — contestó Larry Foex

secamente.

Fue el ingeniero William Tenn, pues, quien avanzó con paso vacilante, hacia donde acababan de retirar la invisible pantalla protectora. Saltó por encima del humeante canal metálico y avanzó, ya más decidido, hacia la puerta abierta recientemente.

— Será preciso enfriar con unos chorros de agua — indicó el ingeniero Tenn.

— ¡Agua! — ordenó Larry.

Durante unos minutos, fuertes chorros de agua regaron lo que poco, antes había sido atacado por los desintegradores. Esto contribuyó a que la puerta se abriera unos centímetros más, aunque todavía no era posible pasar a través de la abertura.

Ocho miembros del equipo, provistos de recios garfios articulados, actuaron a una orden de Tenn, hasta que la pesada compuerta, apenas deteriorada por el tremendo calor termonuclear, se moviera lo suficiente para dejarle paso.

Se trataba de una puerta de un metro y medio de alta por dos y medio de anchura. Una vez abierta, comprobaron que poseía un grosor de cincuenta centímetros, era cónica en su ajuste y mostraba unos insólitos goznes estriados. También quedó al descubierto un extraordinario, mecanismo, de un metal bruñido y plateado, cuyo diseño hizo bizquear a Tenn y al equipo encargado de abrirla.

Sin embargo, lo más extraordinario como pudieron juzgar todos, fue la luz blanca que salía del interior de la cámara. Era como si dentro de ella hubiese un sol de potentísima fuerza lumínica.

William Tenn hubo de parpadear repetidas veces y recurrir luego al visor ocular más oscuro de su escafandra, por temor a perder la vista. Luego, penetró por el resquicio, no sin cierto temor.

— ¿Por qué no me ha dejado entrar a mí? —preguntó Cloe Creutzer, furiosa.

— No sabemos lo que hay dentro de esa cámara. Tu vida podía peligrar.

— ¡También la de Billy!

— Pensé en entrar yo antes que nadie. Mi deber me lo ha impedido. Los que asumimos la responsabilidad del mando tenemos que ser prudentes y precavidos. Tu vida es más preciosa para mí que la de Billy.

— ¿Por qué dice eso, Señor?

— Me fue recomendada extraordinariamente el día de nuestra partida —replicó Larry.

— Mi esposo ha muerto. Señor.

— Eso no importa. Debo seguir cumpliendo mi promesa. Mi

fidelidad a los muertos es más profunda que a los vivos.

Cloe sonrió con amargura.

— Benny no le pedirá cuentas ya.

— Puedo pedírmelas yo mismo... ¡Ahí vuelve Billy! ¿Qué le ocurre al ingeniero? ¿Ha visto al diablo, muchacho?

* * *

Era lo más sorprendente que ojos humanos habían visto jamás. Desde el potente foco de luz, surgido de no se sabía dónde, hasta la decoración increíble y los objetos allí albergados, así como las planchas de metal sobre las que yacían los dos seres con aspecto humano y vestidos con ropas escarlatas, ninguno de los expedicionarios terrestres había contemplado nunca nada parecido.

Larry apenas si echó una ojeada en tomo suyo para centrar su mirada en los dos seres inmóviles que había en el centro de la cámara.

Parecían muertos, petrificados, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y rígidos. Sin embargo, sus cabezas estaban cubiertas por sendos cascos transparentes, de los que salían extraños conductores o cables que desaparecían en unas ranuras de una especie de panel o tablero de mandos situado detrás de ellos.

Larry no pudo distinguir, momentáneamente, si se trataba de un hombre y una mujer; de dos hombres jóvenes o de dos muchachas. Un examen posterior les sacó de dudas.

Eran varón y hembra, y de aspecto joven.

— Están hibernados —declaró Cloe Creutzer.

— ¿Qué te hace suponer eso? —preguntó Larry.

— No lo sé. El instinto, todo esto, el lugar, esos objetos...

— ¡Son seres humanos! —exclamó William Tenn, excitadísimo.

— Así parece —replicó el Jefe—. Y precisamente eso es lo increíble. No esperaba encontrar seres de nuestra raza dentro de esta cámara.

— Nada indica que sean seres de nuestra raza — objetó Cloe, tocando con su mano enguantada el brazo de uno de aquellos seres.

— Son exactamente igual que nosotros.

— Poco más o menos. Cuando abran los ojos y la boca, nos vean y nos hablen, lo sabremos, Señor.

— Billy, ve a buscar al doctor Choura. Aparentemente, estos individuos están muertos... ¡No toques nada, Cleo! — añadió Larry, al

ver que la mano derecha de la doctora en geología se acercaba al casco de uno de aquellos seres.

— Poseen nariz, boca, ojos y oídos — dijo Cloe —. Sus manos son como las nuestras… Y sus cuerpos.

— Podemos encontramos en una extraña tumba, Cloe —dijo Larry Foex, mientras el ingeniero Tenn retrocedía para cumplir la orden—. Y puede que tengas razón. Todo esto me parece muy extraordinario.

— ¿Pueden ser los nietos de los evadidos de Alpen?

— No lo creo. Nada revela aquí nuestra ciencia, civilización o cultura. Se diría que nos hallamos ante seres de otra raza, semejante a nosotros… Ni un signo… Nada se parece a lo que la humanidad ha hecho.

— Nada, excepto su semejanza con nosotros. ¿Puedo auscultar sus corazones, Señor?

— No. Ni siquiera debemos tocar nada. Hemos de fotografiar todo tal y como está. Hay que ser minuciosos y no cometer ni siquiera un error. Esto puede ser transcendental. Debemos salir y que los técnicos estudien detenidamente este lugar. Creo que…

Larry Foex se detuvo bruscamente.

¡Había visto contraerse un músculo en la cara del sujeto inmóvil ante él!

— ¡Está vivo! —gritó Cloe a su vez.

Bajo la intensa luz blanca que lo inundaba todo y de la que tanto Larry Foex como Cloe Creutzer debían protegerse con sus visores más oscuros, las contracciones del individuo postrado poseían todo el aspecto de una resurrección sobrenatural.

Cloe Creutzer, que había retrocedido unos pasos, exclamó:

— ¡Debemos salir de aquí, Larry!

Era la primera vez que ella se dirigía al Jefe por su nombre de pila, aunque en muchas ocasiones, en la soledad y aislamiento de su cabina, lo hubiese pronunciado con ternura y ensoñación. Ahora, sumamente alterada por lo que sucedía no se dio cuenta de lo que había dicho.

A Larry Foex no se le pasó por alto aquello. Pero dijo:

— No. Aguarda, Cloe. El otro empieza a moverse también. Creo que nuestra intrusión aquí ha provocado este incomprensible «despertar».

Con ojos muy abiertos, procurando contener la respiración y acallando los desacompasados latidos de sus corazones, los terrestres vieron cómo los dos ocupantes de la singular cámara «se desperezaban», se movían, primero lentamente y después con más rapidez, hasta que uno de ellos emitió un sonido gutural y entreabrió

los labios.

Luego, alzó despacio la cabeza y abrió los ojos, para volverlos a cerrar instintivamente.

Su compañero, cuyos rasgos femeninos habían despertado el interés de Larry Foex, fue más lento en reaccionar, pues aún estaba distendiendo los músculos. Sin embargo, fue quien primero articuló una palabra:

— ¿Erge?

Larry Foex y Cloe Creutzer se miraron, atónitos.

Luego, dirigieron la vista hacia los seres vestidos con ropas rojas. El Jefe avanzó un paso.

— No somos enemigos — dijo.

El joven se volvió y, sin abrir los ojos, pronunció una serie de palabras extrañas, de sentido incomprensible para los expedicionarios de la Tierra, para luego saltar al suelo desde la plataforma que le había sostenido.

Al mismo tiempo, se quitó el casco transparente de su cabeza, que dejó sobre la plancha metálica.

Su compañera se incorporaba también en aquel mismo instante, pero ni Larry ni Cloe se fijaron en ella, siguiendo los movimientos del hombre, el cual, siempre con los ojos cerrados, pero sin vacilaciones, se acercó a uno de los objetos de la cámara metálica, manipuló brevemente en él y luego levantó la cabeza hacia el techo.

La intensa luz blanca, cegadora y de procedencia desconocida, empezó a disminuir, lo que permitió a Larry y Cloe a quitarse los visores de protección, hasta quedar convertida en un foco que parecía estar suspendido en el aire de la cámara, sin sujeción alguna.

Ahora, al haber disminuido la intensidad de la luz, el extraño ser abrió los ojos y observó a los dos terrestres.

De sus labios surgieron palabras que no entendieron. Luego, fue hacia donde estaba su compañera y le tomó el rostro entre la manos, como acariciándola.

— «... Kare...» —Sólo dijo este nombre pareció quedar grabado en la mente de ambos terrestres, porque fue repetido varias veces, mezclado con otras palabras incomprensibles.

Después de esto, el individuo ayudó a su compañera a quitarse el casco y a descender de la plataforma, para luego volverse a los dos intrusos que les observaban sin despegar los labios.

— Nada teman —Larry Foex habló lentamente—. No les haremos ningún daño.

Los dos seres recién «despertados» se miraron. Ella musitó unas palabras en voz baja y él pareció sellar sus labios con las yemas de sus

dedos, para luego dirigirse a un ángulo de la cámara, donde había algo muy parecido a un amasijo de «cosas» enteramente desconocidas e inclasificables.

El individuo «manejó» aquello sin vacilar y luego tomó una pequeña esfera metálica, que se acercó a los labios.

— Hablen —dijo—. Ahora podremos entendemos. ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde han venido? ¿Cómo han llegado hasta aquí?

Estupefacto al oír que le hablaba en su propia lengua, Larry Foex sólo acertó a exclamar:

— ¡Por vida de Ramsés!

— ¿Cómo han podido entrar aquí?

Ahora fue la mujer quien habló acercándose al objeto esférico que sostenía su compañero.

Tanto Larry como Cloe pudieron apreciar que ambos seres poseían el mismo timbre de voz. El Jefe comprendió que estaban utilizando algo semejante a un «traductófono». Sin embargo, era algo tan extraordinario como la propia presencia de aquellos dos individuos en el corazón de un planetoide considerado como inhabitado.

Y, por vez primera, la sospecha de que no pertenecían a la misma raza que ellos asaltó a Larry. Pero ¿cómo podía «algo» conocer su lengua? ¿Quiénes eran aquellos dos singulares individuos?

— Soy el jefe de una nave espacial de exploración, procedente de la Tierra. Me llamo Larry Foex. Ella es la doctora en geología Cloe Creutzer. Estamos aquí efectuando una investigación científica. Descubrimos esta cámara por medio de un sondeo radioscópico concéntrico. Perforamos el suelo y llegamos hasta aquí. Aunque nos ha costado ímprobos esfuerzos penetrar en este lugar.

— ¿Qué lengua hablan ustedes? —preguntó el hombre.

— La lengua de nuestro planeta.

— ¿Está muy lejos su mundo?

— Ahora nos encontramos a 213.000.000 kilómetros.

— ¿Qué es un kilómetro?

— Muchas veces la longitud de esta cámara... ¿Cómo explicárselo? ¿Entienden nuestras matemáticas? Tengo la sospecha, a juzgar por el aspecto de ustedes, que debemos tener vínculos comunes. Parecen ustedes semejantes nuestros.

— Es posible —contestó el hombre—. Nosotros pertenecemos a una raza antiquísima. Llevamos aquí mucho tiempo hibernados. Pero hemos de establecer previamente la proporcionalidad de tiempo y espacio de ustedes con la nuestra. Si no es así, no será posible comprenderles. El «gaerk», o sea este dispositivo electrónico que permite traducir las palabras de otros idiomas auténticamente y emitir

las nuestras en el idioma en que nos hablan no precisa de cálculos matemáticos. Fue programado para ello en su día. Así, ¿qué medida aplican ustedes a la superficie de esta mesa? ¿Qué altura se asignan ustedes mismos, aunque son semejantes a nosotros?

Larry Foex empezó a comprender.

— Yo mido un metro y noventa centímetros. O sea dos metros menos diez centímetros. La doctora Creutzer mide un metro setenta.

— Correctamente. Aguarden un instante —replicó el interlocutor de los terrestres.

Se volvió hacia su compañera y entablaron una rápida conversación entre ellos, durante la cual él manipuló en el «gaerk». Al parecer, aquel aparato desempeñaba otras tareas más complicadas que servir de «traductófono».

Luego, al volverse y llevar la esfera metálica hacia sus labios, aquel sujeto de facciones inalterables y correctas, dijo:

— Mi nombre es Erge. Ella es Kare. Somos los únicos supervivientes de Goran, un mundo que se autodestruyó hace... —El hombre que decía llamarse Erge hizo una breve pausa, titubeando unos segundos, y luego añadió—: Goran murió hace noventa y tres «oglas». No se preocupen, porque pronto estableceremos medidas de tiempo y de distancia. Para nosotros es muy importante establecer una relación comparativa. No estamos aquí casualmente. Fuimos hibernados por el honorable biólogo gorano, doctor Celon. Para ello se construyó esta cámara enteramente aislada.

«Goran fue destruido por unos sabios furiosos. Glekko, el Mayor Nueve, asesinó a sus compañeros del Senado. Los Técnicos fueron aniquilados en Feex. —Erge vaciló antes de continuar—: Los sabios decidieron destruir Goran y lo hicieron.

— ¿Qué es Goran? —preguntó Cloe.

— El mundo donde vivíamos. Fue fragmentado y dispersado por el cosmos. Sus restos girarán eternamente en el vacío, sin que jamás los «oglas» puedan volver a reunirlos.

— ¿Un mundo destruido? —exclamó Cloe—, ¡No puedo creerlo!

— Es cierto —habló ahora Kare—. Antes de estallar Goran, el doctor Celon nos introdujo en esta cámara. Estaba seguro de que no pereceríamos. Nada puede destruir los muros de este lugar. Y cuando la compuerta fuese abierta, los mecanismos automáticos se pondrían en funcionamiento y encenderían la luz «ultravital» que nos devolvería a la vida.

—¿Cuántos años llevan ustedes ahí? —preguntó Larry, como si la pregunta estuviese quemándole los labios.

— Aguarde... Años... Espacio de tiempo... Distancia. —Erge se

volvió una vez más hacia su complicado «traductófono», en el que accionó varios mandos. Luego se volvió, atónito. Era la primera vez que se alteraban sus facciones—. Se ha comprobado… Un «ogla» corresponde a un billón de años de Coem.

— ¿Coem? ¿Qué es eso?

— El planeta de donde proceden ustedes. La Tierra, como la llaman.

— Entonces… —empezó a decir Larry Foex—, ¿están ustedes aquí, en espera de ser liberados, desde hace noventa y tres billones de años?

— Así lo indica el comprobador del «gaerk».

Cloe Creutzer dejó escapar un grito de asombro.

Capítulo III

El Segundo Jefe de la «Topace» alzó la mano.

— Pido la palabra al Consejo —exclamó con voz potente.

— Concedido —otorgó Larry Foex, que presidía el Consejo de Gobierno de la «Topace»—. Oigamos lo que Joel Nielsen tiene que decir.

Veinte pares de ojos se concentraron en el Segundo Jefe. Constituían la representación de las veinte ramas más importantes del saber humano albergadas a bordo de la astronave de exploración. Eran hombres y mujeres, todos en edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta años.

El motivo de la reunión estaba relacionado con los dos seres que ahora ocupaban sendas cabinas de huéspedes en la «Topace», mientras continuaban orbitando en torno a Agamenón.

— No debemos regresar a la Tierra con esos individuos —empezó a decir Joel Nielsen—. ¿Estamos seguros de no acarrear un terrible mal a nuestra civilización?

—¿Qué quiere decir, Segundo Jefe? — preguntó un hombre de color, situado cerca de donde se sentaba Cloe Creutzer.

— Doctor Choura — replicó Nielsen—, usted ha examinado a esos dos individuos. «Son hombre y mujer», nos ha dicho. Su metabolismo y morfología son idénticos a los nuestros. Se trata de seres humanos exactamente iguales que nosotros. Sin embargo, más de noventa billones de años les separan de nuestra época. Su civilización era distinta a la nuestra. Su mundo, aseguran, se ha extinguido. Su cultura y su ciencia eran, según dicen, superiores a las nuestras.

Según dicen y demuestran — intervino una mujer, no mal parecida, a la cual dirigió Cloe una mirada de agradecimiento.

— Precisamente. Y gracias, doctora Cristhy — agregó Nielsen—. Según demuestran. Yo mismo he sentido los invisibles dedos de sus mentes penetrar en la mía, hurgando en mis pensamientos. Todos ustedes han percibido idéntica sensación de inferioridad. Y en la Tierra no habrá nadie que pueda evadirse de la misma sensación.

»En esto estriba el peligro. A tales sujetos no les será difícil adueñarse de cuanto deseen. Primero lo harán de nuestras mentes, como ya sospecho que ha ocurrido con la del coronel Foex...

¿Por qué te detienes, Joel? —preguntó Larry, ante la vacilación de su segundo—. Continúa, por favor. El Consejo está reunido. Yo sólo soy el presidente.

— ¿Por qué ha ordenado traerles a bordo, señor?

La seca, hiriente y áspera pregunta del segundo comandante parecía una acusación acerba, casi un insulto.

— Porque yo mando en esta nave. Sin embargo, he considerado oportuno convocar este Consejo de Gobierno para que sea la decisión de todos, y no la mía propia, la que se tome. Se trata de algo sumamente importante y no confío demasiado en mi atinado juicio.

Algunos de los presentes sonrieron.

— A todos nos consta el juicio ecuánime de sus decisiones, señor — apuntó un científico militar.

— Gracias, mayor Maxwell.

— ¡No se trata en modo alguno de desacato! — exclamó ahora Joel Nielsen —. Yo sería el primero en castigar al que osara poner en duda la autoridad del jefe. Pero usted lo sabe, señor. Fue una imprudencia entrar en esa cámara, acompañado únicamente de la doctora Creutzer. El jefe no debió correr ese riesgo.

— No corro riesgo alguno, Joel —dijo Larry en tono conciliador. Pero añadió, un tanto incisivo—: Ni pongo en peligro la jefatura de esta nave contando con un segundo tan fiel y celoso de su deber como tú.

Una mirada inexpresiva y fría indicó a Larry Foex que su segundo había captado la indirecta. Cloe Creutzer también se dio cuenta de la rivalidad que empezaba a declararse entre los dos hombres. Por esto intervino, diciendo:

— Fui yo la que aconsejó trasladar a los «goranos» a bordo, mientras los técnicos de grabación impresionaban sus aparatos con todo lo que encontramos en la cámara de hibernación. El coronel Foex tiene el propósito de que sean estudiados todos los aparatos de aquel lugar. Y tanto Kare como Erge están dispuestos a explicarnos detalladamente el funcionamiento y la aplicación de todos ellos.

»Por mi parte, no estoy dominada por la voluntad de esos seres, y me parece razonable que el jefe haya ordenado traerlos a la nave. Sus vidas pueden ser preciosas para nosotros.

—¿Es cierto que afirman haber visitado nuestro planeta, cuando aquello era un mundo inhabitado? — preguntó otro científico.

— Eso afirman. Los goranos viajaban por el espacio. Erge está convencido de que nuestra raza desciende de la suya — contestó Larry.

— ¡Es inaudito! —estalló otro consejero—. Nosotros procedemos de un remoto pasado prehistórico. Si lo que afirman esos seres fuese cierto, nuestra civilización estaría ahora mucho más adelantada que la de ellos.

— Los goranos tenían unas leyes distintas a las nuestras. Sus infractores eran deportados a otros mundos, donde eran abandonados, a su destino. Según Erge, unos mundos tenían más probabilidades que otros para poder sobrevivir en ellos. A los condenados no les daban ni siquiera armas para luchar. Se les llevaba a la superficie del planeta y se les abandona a su suerte.

— ¿Significa eso que nuestra raza desciende de aquellos criminales deportados?— preguntó Joel Nielsen.

— Erge ignora si alguien fue enviado a Coem. Él no pertenecía a la Justicia. Pero sabe que así solía hacerse.

—¡Qué absurdo!—exclamó una mujer de ciencia, que hasta el momento no había despegado los labios —. El altivo y orgulloso ser humano, el terrestre conquistador y rey de la Creación, descendiente de deportados de un planeta extinguido hace noventa y tres billones de años. ¿No sabemos todos que nuestro planeta madre tiene siete mil millones de años?

— ¿Vivía usted en aquel principio, profesora Michel? —preguntó Cloe Creutzer en tono mordaz.

— No sea irónica, consejera —replicó la aludida—. Usted sabe mejor que nadie la antigüedad de nuestro planeta.

— Sabemos aproximadamente cuándo se consolidó la corteza terrestre. Nada más. Lo que pudiera suceder anteriormente, es pura especulación científica. Nadie, ni siquiera estos avanzados goranos, conocen la antigüedad del Sistema Solar.

«Además, puede tratarse de un error de cálculo por parte del traductófono. Lo que sí parece cierto es que Goran existió, dado que Erge y Kare existen y han sido hallados en el interior de Agamenón.

— Teoría tan gratuita como antigua — replicó la profesora Michel —. Ni en la Universidad de Atlántida, la más progresiva del mundo, se menciona esa absurda idea.

— Todos sabemos que estudió usted en Atlántida — contestó Cloe, mirando aviesamente a su interlocutora —. Lo hemos escuchado noventa y tres «oglos» de veces.

Se escucharon algunas risas, y Larry Foex se vio obligado a intervenir.

— Será mejor que suspendamos la reunión. Continuaremos mañana. Sugiero que cambien ustedes impresiones entre sí. Luego podremos plantear con más claridad lo que debemos hacer. De momento, será mejor no comunicar a la Tierra. Lo ocurrido quedará registrado en las computadoras de información.

«Los que prefieran permanecer aquí discutiendo el caso, pueden hacerlo.

Al ponerse en pie, Larry Foex vio que su segundo jefe le estaba mirando con fijeza, más bien desafiante.

— No estoy dominado por esos seres, Joel. Puedes estar seguro. Pero Kare es extraordinariamente bella.

* * *

Kare estaba reclinada en una butaca ortoanatómica y hojeaba un libro de relieves diorámicos, en el que aparecían ciudades y lugares maravillosos de la Tierra.

Al entrar Larry, la joven sonrió.

— Siéntese aquí, coronel. Quiero que me explique muchas cosas de su mundo — solicitó.

Sobre una mesita próxima descansaba la esfera del «gaerk».

Larry se acercó a la joven y la miró fijamente a los ojos.

— La raza humana es inalterable, Kare. Dígame, ¿siente usted algún afecto especial por Erge?

— ¿Afecto? ¿Quiere usted decir si le amo?

— Sí. Eso quiero decir.

— Sí. Le amo. Pero también le amo a usted, y a la doctora Cloe, y al ingeniero Billy Term... ¡Amo a todos ustedes, porque me han devuelto a la vida!

Larry se sentó en otra butaca, frente a ella. Admiró sus bonitas piernas, su breve busto y la gracia de su cuello y facciones, ahora animadas como las de una muchacha feliz, y sintió formársele un nudo en la garganta.

— Quiero decir si ama a Erge como a un ser íntimo.

— No. Le entiendo. En Goran, el amor tenía un sentido estrictamente físico. Nada más.

— ¿No existía el matrimonio? ¿No se casaban hombres y mujeres y vivían juntos?

— ¡Oh, no; nada de eso! Vivíamos todos juntos. Le entiendo perfectamente, coronel Foex. Sé que ustedes contraen matrimonio y se unen para toda la vida. Nosotros estábamos unidos desde el nacimiento a la muerte. Éramos una familia total.

— ¿Y los hijos?

— Nosotros les dábamos la vida. Era un privilegio especial nuestro.

— ¿Elegían al hombre que más les gustaba para tener hijos?

Kare se echó a reír, y luego exclamó, divertida:

— Capto sus pensamientos, coronel Foex. Yo no me avergonzaría de hacer esa pregunta. Es tan natural como la luz del sol. La respuesta es así. Aunque muchas veces eran los hombres los que elegían a la mujer. Nadie impedía que dos seres de sexo opuesto fueran amigos, ni que luego se separaran.

— ¿Por qué leyes se regían ustedes?

— En Goran se aprendían las leyes en las escuelas públicas. Como eran justas, jamás se modificaban. Se aprendía a ser útil a la sociedad, a cumplir unos deberes, a trabajar en lo necesario.

— ¿Cuál era el trabajo de usted?

— Yo estudiaba ciencias comparativas. Me preparaba para la Máxima Sabiduría. Muchos lo intentaban, pero no todos lo conseguían. Tampoco se podía llegar al Senado. Es evidente que no somos iguales, como ustedes tampoco lo son. Sin embargo, somos más perfectos que ustedes.

—¿Más perfectos? — preguntó Larry, sorprendido.

— Más evolucionados, dicho de otra manera. Me cuesta elegir palabras para el «gaerk». Tengo la impresión de que la condenada máquina se va a equivocar.

Larry sonrió.

— Hábleme de esa máquina. ¿Quién la ideó?

— Muchos científicos. Uno empezó y otros la perfeccionaron. Sabemos muy bien que los seres son imperfectos. Es el esfuerzo de muchos lo que consigue el éxito. Y el «gaerkl», que se realizó para establecer contacto con animales y razas inferiores, sirve ahora de medio de comunicación entre usted y yo.

— ¿Establecieron contacto con otras razas?

— Sí. Y fue preciso luchar contra muchas de ellas. Poseíamos naves espaciales más perfeccionadas que ésta. Enviamos expediciones a otras galaxias. Poseíamos el museo etnológico más grande del Universo.

— ¿Quiere decir que encontraron razas superiores? — preguntó Larry, ávidamente.

— Muchas... Los «xukos», por ejemplo, situados en una constelación remotísima, y que eran hermafroditas, dominaban ciencias extraordinarias. Primero se apoderaron de nuestros expedicionarios, para estudiarlos con fines científicos. Acudimos a rescatarlos y doblegamos su soberbia con armas aniquiladoras que ellos desconocían. ¡Oh, nuestra historia está llena de hechos impresionantes!

— No lo dudo, Kare — replicó Larry, frotándose el mentón—. Y todo ello será muy interesante para nosotros. Sin embargo, lo que más

me desconcierta y me intriga a la vez es pensar que mi raza descienda de la suya.

— Todas las razas del Universo tienen un origen común, coronel — contestó la muchacha, muy seria.

— ¿Todas las razas halladas por ustedes eran iguales?

— ¡Oh, no! Eso dependía de su estado de evolución. El caso de los «xukos», por ejemplo. Eran mucho más antiguos que nosotros, los goranos. Sin embargo, su ciencia había evolucionado de modo distinto. Por eso pudimos vencerlos.

«Existió también otra raza, ya desaparecida, que había dominado el cosmos. Fueron los «ovrios». Altos, fuertes, soberbios, desprovistos de extremidades. Eran seres magnéticos. Todo lo lograban con los potentes influjos de su mente. Movían mundos con el pensamiento. Una de nuestras expediciones halló sus restos en Cefrak. Pero no fuimos capaces de traducir sus mensajes. Durante millones de siglos, los «ovrios» habían dominado el cosmos. Me enseñaron que habían sido capaces de crear mundos, haciendo materia de la energía.

«Nosotros sabemos perfectamente que el Universo es infinito y que nadie es capaz de abarcarlo todo, porque carece de fin. Ni millones de razas como la nuestra, transmitiéndose durante todas las generaciones posibles, podrían recorrer jamás la distancia más larga entre un punto y otro del universo. Eso es imposible. Sólo la imaginación es capaz de ello. Por muy lejos que se vaya, siempre hay algo más allá.

«Nosotros llamamos a esto la Magnitud Máxima y ustedes lo llaman la Dimensión Infinita. El nombre no importa. Todo está mucho más allá de nuestras posibilidades.

— Comprendo — dijo Larry Foex, pensativo —. Las razas avanzan y retroceden en su evolución, según la historia de cada una. Pero ninguna llegará al fin. Sólo Dios conoce la verdad absoluta.

— Sí, sólo Dios — repitió Kare —. Nosotros y Él, y, entre ambos, la barrera de la muerte. Yo he permanecido siglos hibernada. La cámara de hibernación de Celon ha demostrado ser perfecta. Nuestro planeta fue destruido, pero nosotros estamos vivos. Siempre hemos estado vivos, pero inmersos en un prolongado letargo. El doctor Celon ya debe conocer la verdad absoluta, mientras que a mí me está vedada aún.

Parecía haber tristeza en los ojos húmedos y ligeramente grises de la joven «gorana».

Larry le tomó una mano y se la apretó suavemente.

— Comprendo sus sentimientos, Kare. No sufra. Piense que nosotros necesitamos mucho de ustedes.

— Lo pienso, coronel… ¡Y me siento como una ultra-abuela de

usted!

Larry Foex se estremeció al oír aquello, porque su más íntimo deseo en aquel instante era atraer a Kare hacia sí y buscar los rojos labios de la joven con los suyos.

No obstante, se contuvo. Sabía que el Control de Vigilancia estaba siguiendo todos los movimientos de Kare.

* * *

—¿Qué significa esto, Segundo?

— ¡Silencio, Harry! —ordenó Joel Nielsen, apuntando a su subordinado con la pistola iónica—. No levantes la voz, o mueres.

Diciendo esto, Joel Nielsen cerró la puerta a su espalda. Previamente, había desconectado el circuito electrónico en la Cámara de Control principal.

— ¿He cometido alguna falta? — balbuceó Harry Merck.

— No, a menos que me obedezcas. Es preciso librar al Jefe de la perniciosa influencia de esos dos seres extraterrestres — contestó Joel.

— No entiendo, Segundo — declaró el ingeniero de detectación geológica.

— No te esfuerces por conseguirlo, Harry. Sé muy bien lo que digo. La astronave ha caído en manos de esos dos individuos, cuyo poder mental ha hipnotizado al Jefe y a la doctora Creutzer. Esos dos engendros diabólicos quieren ser conducidos a la Tierra, para, una vez allí, dominarnos a todos. Y nuestro deber es impedirlo. ¿Me has comprendido, Harry?

— No. Pero... ¡Por favor, no dispare, Segundo! Debe usted tener razón. ¿Qué quiere de mí?

— Tu ayuda y la de todos los que todavía no están dominados por las mentes malignas de esos «resucitados»

— ¿Está usted seguro de lo que dice, Segundo?

— Absolutamente seguro, Harry.

— Entonces, cuente usted con mi lealtad. Liberaremos al coronel de esa nefasta influencia. ¿Qué quiere que haga?

— En primer lugar, es preciso arrestar a los intrusos y encarcelar al Jefe. Los aislaremos a todos en los compartimientos magnetizados. Provisionalmente, hasta que la mente del Jefe sea liberada.

— ¿No se opondrá el Jefe a eso?

— ¡Naturalmente! E intentará luchar. Por eso quiero que me ayudéis todos. Y no encuentro modo más adecuado que éste. El que no esté conmigo, lo destruiré. Soy el único que puede salvar a la «Topace» y no eludiré la responsabilidad en momentos tan difíciles

como éste.

— Le ayudaré, Segundo. Creo que tiene usted razón.

En aquel momento zumbó un control de comunicación junto al tablero de trabajo de Harry Merck, quien se volvió y conectó el circuito.

— Segundo — exclamó la voz de la mujer que apareció en el recuadro iluminado— ¡Venga inmediatamente! ¡El mayor Maxwell ha muerto!

Era la doctora Michel, el astrónomo de la expedición.

— ¿Cómo ha ocurrido?

— Intentó oponerse. George ha disparado contra él para impedirle que llamara al Jefe.

— ¡Voy inmediatamente para allá! ¡Aguarda, Ely!... Ven conmigo, Harry. Los acontecimientos se precipitan.

CAPÍTULO IV

Cloe Creutzer había puesto en marcha la grabadora automática, gracias a la cual el ojo giratorio oscilaría hacia el orador, que, en aquel instante, era el apuesta Erge, ahora vestido con ropas terrestres de finísima fibra sintética.

Erge tenía el recipiente de una bebida en la mano y no parecía mirar a su interlocutora.

— Nuestro estado psíquico era letárgico. Teníamos el cerebro anulado por débiles corrientes interactivadas. Pilas eléctricas de regeneración continua alimentaban las bases motrices de la prolongada acción. Todo había sido calculado meticulosamente, y yo, con el doctor Celon, comprobé la eficacia del ensayo.

«Por otra parte, nosotros habíamos previsto la hecatombe. Él desastre de Goran era inevitable. Muertos los doce miembros del Senado a manos del Mayor Nueve, la situación en todas las poblaciones de nuestro mundo era tensa y explosiva.

«Los Técnicos de Feex amenazaron a Glekko, quien había sustituido las deportaciones a otros mundos por la pena de muerte, abolida ésta desde tiempos remotísimos.

«Se suponía que Glekko estaba loco. Sólo un perturbado podía hacer lo que él hizo. Y era preciso luchar contra él.

«Yo sé, por los registros históricos realizados después de nuestra primera revitalización, lo que sucedió en Goran. Todo quedó grabado. Y esa grabación la conservamos Kare y yo en la cámara de hibernación.

— ¿Quieres decir que, antes de llegar nosotros, ya habíais recobrado anteriormente la noción de la existencia?

— Sí —replicó Erge—. Disponíamos de un revitalizador automático. Os lo enseñaré. Funcionó al concluir el primer «ogla». Para conocer lo que había sucedido, después de las comprobaciones realizadas, salimos de la cámara. Esto es posible por medio del control interior. Y cuál no sería nuestro asombro al encontrarnos sepultados en ese pequeño planetoide.

«La grabación histórica nos reveló el resto. Así supimos que los Técnicos de Feex fueron aniquilados por Glekko. Pero, a su vez, ellos destruyeron Goran. Habían almacenado potentes cargas de explosivos atómicos en lugares estratégicos del planeta.

«El último de los Técnicos, antes de ser atacado, presionó los disparadores y provocó el cataclismo.

Erge se detuvo y miró fijamente a la atónita Cloe.

—¡Debió ser algo espantoso!

— Horrible —musitó Erge—. Tú misma podrás ver la escena, que fue perfectamente grabada. Es como una filmación hecha a distintos niveles. Posee diecinueve pistas distintas, de modo que hemos podido presenciar el desastre desde diecinueve ángulos y distancia diferentes.

«Hubo primero una violenta sacudida sísmica. Luego, el planeta se desgajó, abriéndose como una granada, cuyos fragmentos fueron lanzados al cosmos en todas direcciones.

— ¿Y no produjo eso un caos en el Sistema Solar? -—preguntó Cloe.

— Naturalmente. Sólo el Sol aguantó la sacudida planetaria. Se produjo una conmoción terrible y nos dio la impresión que todo se desquiciaría y unos panetas se lanzarían sobre otros. Sin embargo, después del «rugido» estelar, la gravitación actuó de forma maravillosa.

«Y es que la mecánica celeste obedece a leyes mucho más perfectas que las nuestras. Por esa razón, los fragmentos de Goran conservan todavía casi la misma órbita que tenía nuestro globo. Y estalló éste. Sacudió el Sistema, pero las restantes fuerzas gravitacionales se opusieron al desastre total. Después se restableció la estabilidad dejada por Goran... Y nosotros continuamos dentro del fragmento donde habíamos sido enclaustrados. Por eso es posible hallar aún restos de nuestra civilización en esos fragmentos que ahora giran entre las órbitas de Marte y Jupiter.

— ¿Estaban habitados entonces los otros planetas?

La pregunta de Cloe hizo sonreír a Erge.

— Sí, ya te lo dije. Unes millares de goranos deportados habían sido abandonados a su suerte en esos mundos. El planeta que vosotros llamáis Marte, nuestro más próximo vecino, aunque de tamaño menor, era como un hervidero de muerte e infección. Pero los expedicionarios aseguraban que, con medios adecuados, se podía sobrevivir allí. Coem, o la Tierra, era entonces un planeta parecido al nuestro, casi enteramente cubierto de agua. Su constante agitación interna casi impedía aterrizar a nuestras naves.

— ¿Estás seguro de que alguien fue deportado a la Tierra?

— Sí, desde luego. Poseo información histórica grabada. El doctor Celon registró millones de datos para la posteridad. Los tenemos convenientemente archivados.

— Entonces es innegable que nosotros descendemos de vosotros —afirmó Cloe —. Se puede asegurar que alguien sobreviviría en las condiciones ambientales adversas de la Tierra en los primeros albores,

y de los hijos de aquellos deportados descendemos nosotros.

— Es posible. Pero también cabe la posibilidad de que los deportados de Marte se trasladasen a la Tierra explicó Erge—. Atiende, doctora. Creo que lo comprenderás fácilmente.

«Goran era un planeta óptimo para la vida humana. La temperatura entonces variaba poco entre la noche y el día. Nuestro clima era benigno. Teníamos una prolongada primavera artificial y un invierno corto pero eficiente. Dominábamos la meteorología gracias a las estaciones climatéricas.

«Nuestros antepasados habían llegado allí no sabemos de dónde. Quizás de los confines de la Galaxia, Pero eso no importa, puesto que las huellas de nuestros antecesores se pierden en la bruma de los tiempos.

«La cultura que pudieron traer consigo, al igual que la que llevaron a la Tierra nuestros deportados, debió de perderse. Aisladamente los hombres se embrutecen. Es la sociedad, el estímulo, el afán de superación, el espíritu de lucha, es lo que hace que una raza progrese. Pero aquellos infelices, abrumados por la soledad, sólo sabían aferrarse al suelo, buscar lo esencial para la vida y procurar subsistir.

— Entiendo —afirmó Cloe—. Nuestra civilización creyó diferentes teorías sobre el origen del hombre sobre la Tierra. En principio, el hombre primitivo, al salir de la oscuridad de la Prehistoria, temeroso de la naturaleza y del ambiente, creó divinidades paganas. Después deificó seres, animales y cosas.

«Luego creyó en un solo Dios, como Creador Supremo de todas las cosas, pero le supuso, en principio, Dios de los seres humanos de la Tierra, porque estimaba que nuestro pequeño planeta era el centro del Universo.

Erge sonrió y dijo.

— Nosotros tuvimos un principio parecido. Ni los milenios pueden cambiar la psicología humana. Y como es lógico, al ampliarse los conocimientos, se amplió también la idea de Dios.

— No. Llegó a negársele. Y no era la primera vez que esto ocurría. Después, a principio del siglo pasado, el Papa difundió una encíclica magistral, que impresionó a la Humanidad, revelando que el Hombre se acerca a Dios con el progreso, porque formamos parte de Él, y que, algún día, nuestros descendientes, que son parte evolucionada de nosotros mismos, llegarán hasta Él, y el Hombre será eterno.

Erge escuchaba ahora con profunda atención.

— Eso es nuevo para mí — dijo.

— La superstición y la ignorancia de los siglos pasados habían llevado al hombre a luchas fratricidas y aniquiladoras. Hubo tiranos y

dictadores que sometieron a las gentes por la fuerza. La historia moderna ha denunciado todos aquellos genocidios. Para nosotros, es una enseñanza sublime saber que ahora vivimos bajo una ley común a toda la raza humana, y que cada uno ostenta el grado de superioridad que su mente es capaz de darle.

«Todavía no somos perfectos, desde luego. Estamos muy lejos aún de haberlo conseguido. Pero, paso a paso, generación tras generación, nos acercamos a la perfección, a Dios, a la Verdad Suprema.

— Maravilloso —musitó Erge—. Ése era uno de nuestros principios más elementales. Y creíamos haberlo conseguido.

— Ya ves que no fue así, amigo mío —replicó Cloe—. Aún estamos muy lejos de conseguir la Verdad Suprema. No obstante, unimos el mundo entero bajo un solo gobierno, abolimos fronteras y doctrinas sectarias, se acabó la discriminación racial y técnica. Conquistamos la Luna, que hemos convertido en un planeta fértil y agradable, obteniendo agua y oxígeno de sus propias entrañas.

«Tratamos de colonizar Mercurio y hemos instalado colonias en Júpiter y en Saturno. Pronto partirá una gran expedición sideral hacia Próxima Centauro y, con ello, la humanidad habrá dado otro gran salto hacia su destino final. Luego vendrán las estrellas, el Universo entero...

— Ése era nuestro propósito, Cloe — dijo Erge, emocionado—. Y me siento orgulloso de saber ahora, al cabo de tantos siglos, que nuestra raza, a pesar de los grandes desastres que ha sufrido, continúa en su línea de progreso. Nada ni nadie puede detener al hombre hacia el destino supremo.

— Eso mismo creo yo — afirmó Cloe —. Porque ése debe ser el deseo del Supremo Hacedor.

— Eres maravillosa, Cloe. Háblame de ti. Quiero conocerte mejor. ¿Qué papel desempeñas en esta expedición?

Erge se había acercado más a Cloe, valiéndose del sillón deslizante, y la miraba con una expresión apasionada.

— Soy doctora en geología. He aprendido todo lo referente a suelos, subsuelos, mineralogía, geomorfismo, sismografía, vulca...

— ¿Qué opinión te merezco? — la atajó Erge, como si las ciencias de ella no le interesaran.

— Eres un eslabón importante en la historia...

— Soy un hombre joven, Cloe.

Ella se turbó por vez primera.

— Mi esposo ha muerto recientemente, en la Tierra.

— Nosotros no tenemos esposa. Tomamos a la primera mujer que nos acepta.

Ruborizada, Cloe intentó zafarse de la situación por medios dialécticos.

— Eso no es correcto. El hombre se debe a la mujer. Existe la fidelidad conyugal.

— ¿Fidelidad qué? ¡Oh, esos conceptos tan arcaicos! La única fidelidad lógica es la que debemos a nuestros semejantes. Maltratar a un hermano estaba castigado con la deportación. Quien tal hacía no era digno de vivir con los demás. Pero si una mujer ama a un hombre, y éste la ama a ella, ¿qué impedimento puede haber entre ambos?

— Nuestra ley nos lo impide, Erge.

— Yo no acataré esa ley, Cloe. Soy de otro mundo, de otro tiempo. Pero soy hombre.

— ¿Y Kare?

— Ella quiere al coronel Foex.

— ¿Qué? —exclamó Cloe, poniéndose vivamente en pie.

* * *

Larry Foex salió de la cabina ocupada por Kare con la mente turbada por las emociones. Parecía estar flotando en el vacío. No había podido sucederle nada más sublime y maravilloso que conocer a la joven «gorana», de cuyos labios conservaba un cálido y exquisito sabor.

Una voz, tajante y autoritaria, que sonó a su espalda, volvió a Larry a la realidad. El sonido procedía del hueco de un ascensor horizontal:

— ¡Quieto, coronel Foex! ¡No se mueva!

Larry se volvió en redondo. Reconoció al individuo que le apuntaba con un artefacto iónico.

— ¡George! ¿Qué significa esto?

Antes de que el oficial de Navegación pudiera contestar, de otros lugares surgieron más tripulantes armados. Diez o doce, contó Larry apresuradamente. Simples técnicos, ingenieros sin graduación, subalternos y operarios. Y George Pellet parecía mandarlos a todos.

— ¡Esposadle!

— ¿Estáis locos? ¡Soy el Jefe!

— ¡Cuidado, Señor! —gritó alguien, a espaldas de Larry, obligando a éste a volverse—. No queremos matarle, sino librarle del influjo pernicioso de esos diablos con cara de ángel.

— ¿Qué estás diciendo, Derre?

Otros individuos avanzaron. Alguien alzó su puño. Un brazo fuerte hendió el aire y golpeó la mandíbula del Jefe, quien sintió vacilar el suelo bajo sus pies.

En medio de la confusión, se abrió la puerta de la cabina ocupada por Kare y la joven gorana apareció en el umbral, miró la escena con ojos desorbitados, para luego lanzar un grito instintivo.

— ¡Prendedla! —aulló la voz del oficial de Navegación, George Pellet.

Larry Foex se desplomaba ya, al fallarle las piernas. Fue sujetado y aprisionado por los amotinados. No pudo ver a cuatro individuos de su tripulación saltar hacia la sobrecogida Kare, que retrocedió hacia el interior de la cabina.

Luego, como entre neblinas angustiosas, Larry creyó ser trasladado, en un transportador magnético, hasta un departamento desprovisto por completo de mobiliario.

Las voces le llegaban confusas. El golpe le había dejado aturdido y no lograba reaccionar.

Sin embargo, las brumas empezaron a disiparse en su mente. La verdad de lo ocurrido se fue filtrando paulatinamente, al aclarársele las ideas, y entonces pudo darse cuenta de que se encontraba en uno de los calabozos del grupo de Psiquiatría, donde incluso el pavimento estaba acolchado con fibra elástica.

En el techo había una luz débil protegida por un grueso cristal.

Al incorporarse y mirar a su alrededor, Larry se frotó el mentón. Una maldición brotó de sus labios:

— ¡Execrado te veas, George Pellet! ¡Irás a las minas de mercurio por esto!

Acto seguido, furioso, se puso en pie y aporreó el acolchado de la puerta, mirando ansiosamente a través de la mirilla, hacia el pasillo exterior, donde no había nadie.

El silencio más ominoso reinaba en aquel lugar.

— ¡Sacadme de aquí, brutos! ¿Os habéis vuelto locos? ¿No sabéis que os condenarán por esto? ¡Abrid esta puerta! ¡Soy el Jefe!

Al final, agotado, hubo de renunciar a seguir gritando. Nadie podía oírle. Seguramente estarían luchando en las distintas dependencias de la nave. Hasta era posible que hubiese corrido la sangre, porque Larry estaba persuadido de que todos los tripulantes de la «Topace» no podían ser traidores y sediciosos como George Pellet.

— ¿Y Joel Nielsen? ¿Dónde estaba su segundo? _ La respuesta no habría de tardar en llegar. Precisamente, unos quince minutos después, cuando menos lo esperaba, la puerta de la celda se abrió y aparecieron cuatro tripulantes armados con armas paralizantes

— ¡Atrás, coronel Foex! —ordenó uno secamente.

Larry se puso en pie, con el propósito de abalanzarse hacia la puerta. Pero detrás de los cuatro amotinados apareció Joel Nielsen, armado también con un disparador de energía desintegrante.

— ¡Atrás, coronel Foex! — ordenó uno secamente.

Larry se puso de pie, con el propósito de abalanzarse hacia la puerta. Pero detrás de los cuatro amotinados apareció Joel Nielsen, armado también con un disparador de energía desintegrante.

— ¡Joel! —exclamó Larry, al verle—. ¿Qué significa esto?

— Ella se lo dirá, Señor — contesto Joel, con voz fría, a la vez que empujaba a Cloe Creutzer por entre los cuatro hombres armados.

Cloe, con los ojos enrojecidos, trémula y descompuesta, avanzó hacia Larry, al mismo tiempo que la sólida puerta de acero se cerraba a su espalda.

— ¡No me dejes aquí, Joel! ¿Es que tú también…?

Cloe se agarró al brazo de Larry y gimió:

— Se han vuelto locos... ¡Todos están locos! ¡Quieren matar a Erge y Kare!

— ¡Pero...!

— Están persuadidos de que esos seres significan un grave peligro para todos nosotros y quieren destruirlos. Aseguran que se han apoderado de nuestras mentes y nos obligan a llevarlos a la Tierra. Una vez allí, dicen que se adueñarán del poder y convertirán en esclavos a todos los habitantes del planeta.

— ¡Pero eso es absurdo, Cloe! ¿De quién ha partido esa disparatada idea?

— Joel Nielsen es quien da las órdenes. Le siguen gran número de tripulantes.

Larry Foex dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, en gesto de impotencia.

— No lo entiendo... No puedo comprenderlo... ¡Nielsen es incapaz de hacer una cosa así!

— ¡Nielsen es un maldito demonio! —replicó Cloe agresivamente —. Penetró en mi cabina y ordenó que se llevaran a Erge. Cuando todos salieron, me miró de un modo altivo y me dijo algo que hizo que me estremeciera de espanto.

—¿Qué te dijo, Cloe? —inquirió Larry.

— Me dijo que yo podía salvarme.

— ¿Salvarte? ¿Qué quiso decir?

— Añadió que siente un gran afecto hacia mí. Y, puesto que he quedado viuda, él podría casarse conmigo. Así no me ocurriría nada. Dijo: «Todos creen que esos dos engendros del mal se han apoderado

de tu mente y de la del Jefe. Yo puedo convencerlos de que sólo el coronel Foex está dominado por ellos».

— ¡Estúpido y engreído Nielsen! —barbotó Larry furioso—. Esto es una conspiración insensata para apoderarse del mando de la nave. ¡Y le costará muy caro! ¡Yo le demostraré quién soy!

Sin embargo, ha furia de Larry Foex tuvo que aplacarse ante la cruda realidad de su encarcelamiento. Por muchos golpes que dio contra el mamparo de la puerta, nadie le abrió. Y los minutos de encierro se fueron convirtiendo en horas.

— Es evidente que Nielsen trató de ganarte a su causa, Cloe. Admito que eres una mujer fascinante. Eso turba a algunos hombres. Sé que Joel se sentía atraído hacia ti, pero consideré que jamás sobrepasaría un límite de prudencial respeto. Para todos nosotros, eras la esposa de Benjamín Creutzer, el Consejero.

— Yo no amaba a Benny —musitó Cloe.

Lo sé. Pero tenías el deber de disimularlo. No hubiese sido honesto por tu parte. Yo también he sentido siempre un afecto especial hacia ti, Cloe.

Ella alzó sus ojos verdiazules con un brillo de esperanza en la mirada.

— ¿Sí, Jefe?

Él sonrió tristemente.

— No es éste el momento adecuado, ni siquiera el lugar, para confidencias sentimentales, Cloe. Sé que tu esposo ha muerto… ¡Me lo comunicó Joel personalmente, y lo hizo de un modo extraño! —Larry se quedó pensativo. Podría ser que… No, es demasiado disparatado, a menos que esté lo suficientemente loco para no saber lo que…

Larry se detuvo de pronto *y* abrió los ojos desmesuradamente. Quedó inmóvil mirando por encima del hombro de Cloe. Ésta se volvió también y lanzó un grito.

¡Ante ellos, sonriente, estaba Erge!

— No se alarmen ustedes, por favor. Esta materialización es perfectamente científica. No soy ningún espíritu. Pueden tocarme.

— ¡Pe… pero…! ¿Cómo es posible?

— Simplemente, se trata de un traslado de la materia. Desintegración de materia en energía, e integración simultánea en otro lugar distinto. Me he esfumado de mi encierro y pasado al de ustedes.

— ¿Es posible hacer eso? —preguntó Larry Foex, todavía atónito.

— Es muy fácil. Vean esto — Erge mostró la esfera metálica que llevaba en la mano —. Un complicado mecanismo electrónico se alberga aquí dentro. Todo se ha descompuesto y vuelto a componer, al

pasar a través de las moléculas de este muro.

«He dado instrucciones al «gaerk». En la cámara de hibernación, donde reside el control remoto del «trasladador de materia», se ha puesto en funcionamiento el mecanismo energético-conversor... ¡Y heme aquí!

—¡Es asombroso! —exclamó Cloe—. No nos habíais dicho nada de esto.

— Tenemos infinidad de secretos que ustedes no conocen todavía —Erge sonrió—. Luego hablaremos de todo ello. Ahora, lo importante es solucionar el problema que tienen ustedes. Nosotros también hemos sido encerrados y vamos a ser juzgados y condenados. He leído la mente de Joel Nielsen y su firme propósito de matarnos. Nosotros somos el efecto aparente... ¡Usted, doctora Creutzer, es la causa real de todo esto!

Capítulo V

— ¡Esto es un motín! —gritó el ingeniero William Tenn— ¡Y no puedo hacerme su cómplice!

— ¡No sabes lo que dices, ingeniero! —replicó Joel Nielsen en tono desaforado —. Era necesario para impedir mayores males. Es evidente que tanto el Jefe como la doctora Creutzer han sido sometidos a la voluntad de esos dos extraños sujetos.

«Ni siquiera creo que sean semejantes nuestros. Han de ser distintos, de una raza abominable y horrenda. Pero el poder mental que emanan nos hace creer a todos que son como nosotros.

«Estamos siendo víctimas del hipnotismo colectivo que emana de sus cerebros poderosos y malignos.

— ¡El único cerebro maligno aquí es el tuyo, Nielsen! — exclamó el médico negro—. ¡Tú has hecho matar al mayor Maxwell!

— Ha sido un accidente involuntario, doctor Choura —replicó Nielsen—. Estoy obligado a tomar el mando, dadas las circunstancias. Si logramos sustraer al Jefe de la perniciosa influencia de esos seres, le devolveré el mando. Estoy amparado por el reglamento.

—¡Todo esto es una farsa, señor Nielsen! —intervino Billy Term—. ¡Y estos hombres armados y drogados, que le secundan, son una amenaza para la seguridad de la astronave! ¡Si sus sospechas son ciertas, su deber es comunicarse con la Tierra y poner el caso en conocimiento del Consejo de Gobierno! ¿Por qué no lo ha hecho?

Nielsen miró furiosamente al ingeniero y replicó:

— Intenté hacerlo, pero una poderosa interferencia estelar me lo ha impedido.

— ¡Mientes! —rugió el doctor Choura—. Fue el mayor Maxwell el que quiso comunicarse con la Tierra, y por eso le hiciste matar.

— ¡Basta! — rugió Nielsen—. Lleváoslo y encerradlos en sus cabinas. Nadie puede impedirme cumplir con mi deber. Sé muy bien lo que hago. Procura que no puedan comunicarse entre sí, Berre.

— Sí, Jefe —replicó el aludido.

El doctor Choura y William Tenn fueron sacados de la cámara perteneciente a Larry Foex, y que ahora ocupaba Nielsen, quien se retrepó en su asiento y efectuó una llamada por la radio interior.

— Rob, cambio de órbita. Vamos a posarnos en Agamenón. Elige un lugar adecuado.

— Eso es peligroso, Señor.

— Haz lo que te digo. Por lo que pueda ocurrir, es conveniente

hallarse en tierra, con la nave inmovilizada.

— Debo advertirle que el personal está inquieto, señor.

— Ha sido preciso actuar de este modo, Rob. El Jefe está dominado por esos seres y mi deber es contrarrestar tal peligro. George Pellet dirigirá el aterrizaje desde el puente de navegación. No quiero problemas, Rob.

— Descuide, señor.

Al cerrar la comunicación, Nielsen vio encenderse una luz sobre la mesa. Se iluminó un recuadro y mostró el rostro del visitante que deseaba entrar en la cámara.

Era la doctora en zoología, Cristhy Cohen.

Nielsen sólo tuvo que presionar un botón y la puerta se descorrió, para dejar paso a la mujer.

— Hola, señorita Cohen. ¿Viene usted a cumplimentar al nuevo Jefe?

— No, señor Nielsen. Jamás acataré las órdenes de un amotinado. He venido a decirle que exijo la inmediata libertad del coronel Foex.

Nielsen se levantó, rodeó su mesa-tablero y se acercó a la mujer, cuyo aspecto era turbador. La zoólogo poseía una hermosa figura y un rostro agraciado, que cuidaba con esmero. Contaba treinta y cuatro años, pero aparentaba bastantes menos.

— Hay muchas personas en esta nave que no parecen estar de acuerdo con mis acciones. Y eso no es justo. Intento velar por la seguridad de todos e impedir que una grave amenaza caiga sobre nuestro planeta.

— ¡Si el Jefe no considera que esos seres sean una amenaza, usted tampoco puede considerarlo! —gritó Cristhy Cohen.

— El Jefe está dominado por ellos. Él no puede razonar nada más que lo que le ordenan las mentes que ocupan la suya.

—¡Eso no es cierto! ¡Tiene usted que darme pruebas!

—¿Pruebas? Él y la doctora Creutzer estuvieron largo rato en el interior de la cámara de hibernación. Luego, regresaron a bordo, en compañía de esos dos seres. Y eso no debió hacerlo el coronel Foex, sin antes haber ordenado una cuarentena y exigido la oportuna inspección sanitaria.

— El Jefe tenía motivos especiales para hacer lo que...

— Vamos, vamos, señorita Cohen. Usted debe conocer al Jefe mejor que yo. Esa mujer exótica le ha trastornado. Larry Foex es un sentimentaloide. ¿O pretende usted negar que le ha tratado íntimamente?

Cristhy Cohen enrojeció hasta las orejas.

— ¡Es usted un cínico, Nielsen!

— ¿De veras? Llevamos demasiado tiempo en esta nave para ignorar lo que aquí ocurre. Primero usted, luego la señora Creutzer, y ahora esa extraterrestre o lo que sea.

La mano de Crithy Cohen abofeteó violentamente a Nielsen, quien retrocedió, frotándose la mejilla.

— ¡No has debido hacerlo, Cristhy Cohen! ¡Te pesará!

— ¡Cínico, farsante, deslenguado, cobarde y miserable! ¡Yo haré que le manden a las peores galerías de carbón para toda su existencia! ¡Haré que todos sepan la verdad de su ambición de mando y de su locura!

Joel se abalanzó sobre la mujer y la aferró por el cuello con ambas manos.

— ¡Calla, insensata! ¡Sé que tengo el derecho de hacer lo que hago, pero, si estuviese equivocado, nadie me lo reprochará nunca, porque no volveré a la Tierra! ¡Y vosotros tampoco volveréis jamás!

— ¡Suélteme, salvaje! ¡Me está ahogando!

La férrea presión de las manos del furioso Nielsen sobre el cuello de la mujer obligaron a ésta a doblarse hacia atrás. Al ser soltada bruscamente, Cristhy cayó al suelo, donde permaneció unos minutos intentando recobrar el aliento.

— Debería haberte matado. No lo he hecho porque te necesito. En esta nave hay ciento sesenta mujeres y trescientos cuarenta hombres. Para formar la colonia, seréis necesarias todas.

Cristhy, gimiendo en el suelo, apenas si captó el sentido de las últimas palabras del individuo que ahora se inclinaba sobre el tablero de control y pulsaba un botón.

— George, enviemos a Derre y a unos cuantos. Voy a regalarles algo que les gustará.

Un grupo de hombres llegó apresuradamente. Y, en efecto, el «regalo» del nuevo jefe les entusiasmó. Porque Nielsen les dijo:

— Lleváosla a su cabina. Es vuestra. Podéis hacer con ella lo que queráis, menos quitarle la vida. ¿No te gusta, Derre?

El sedicioso bizqueó, mirando a la sobrecogida doctora en zoología, y masculló entre dientes:

— ¡Desde luego, jefe! ¡Me gusta muchísimo! Andando, preciosa; vente con papá Derre. En la «Topace» se acabó la gazmoñería.

Sus compañeros rieron groseramente.

* * *

— Esto es una conjura contra usted, coronel Foex — dijo Erge seriamente—. El segundo oficial está obsesionado por la doctora

Creutzer, pero ella le ama a usted. Nosotros hemos sido como una espoleta que ha hecho estallar la violencia y desatado las pasiones.

»En esta nave se ha acumulado demasiado la tensión. Llevan mucho tiempo encerrados y la añoranza de su mundo se ha convertido en una obsesión. Allí eran más libres, y este viaje ha durado demasiado. De ser ustedes de otra condición, nada habría ocurrido. Pero se rigen por leyes y costumbres muy estrictas. Una libertad absoluta y racional habría sido mejor.

— Las personas a mi mando gozan de una libertad extraordinaria — se defendió Larry Foex.

— No se trata de eso. Me refiero a las limitaciones naturales de la vida en esta nave. Sé que todos están aquí voluntariamente; pero hace tiempo que viven lejos de la Tierra, fuera de su mundo. Y esto ha modificado las mentes de algunos.

— Entiendo —- asintió Larry —; especialmente, la de mi segundo.

— Yo no he provocado ni incitado siquiera a ese hombre — dijo Cloe, en voz baja, como pidiendo disculpas.

— Lo sé. Ésa es la condición humana, fruto de una cultura atrasada. Nosotros, en Goran, carecíamos de esos problemas insignificantes. Es cuestión de evolución psicológica, nada más.

»En esta nave no habría ocurrido nada de poseer todos ustedes una mentalidad gorana o más abierta. Si Joel Nielsen le ama a usted, con corresponder a su afecto todo se habría solucionado.

—¿Quieres decir que yo... que debía aceptar los galanteos de Joel Nielsen? — preguntó Cloe, estupefacta.

— Ni más ni menos.

—¡Pero eso va contra mis sentimientos!

— Los sentimientos no son más que puras impresiones, sin justificación alguna. El «me gusta o no me gusta esa persona» no tiene sentido. Si gustamos a otra persona, porque ve en nosotros algo atrayente, ya es suficiente para que debamos sentirnos halagados y obligados a aceptarle con agrado.

Larry Foex sonrió.

— Sería maravilloso, amigo Erge.

— Es maravilloso — replicó el otro vivamente —. El desprecio engendra odio. Nuestros psicólogos de la antigüedad, y piensen que aludo a un tiempo remotísimo, ya descubrieron y demostraron esas verdades sociológicas.

— ¿Y cómo es que, si descendemos de vosotros, no hemos conservado ese espíritu tan afable? — quiso saber Cloe.

— Ignoro las condiciones en que han evolucionado ustedes. Posiblemente, el medio les ha sido adverso. Pero dejemos eso por

ahora. Son divagaciones acerca de lo que pudo haber sido y no fue. Ustedes se comportan como seres incivilizados, injustos, irracionales y vengativos.

— No soy de esa opinión—replicó Larry—. Es Joel Nielsen quien se comporta de ese modo. Y para complacer sus morbosos instintos, ni Cloe ni nadie debe mostrarse complaciente con él. Su egoísmo se acentuaría en caso de lograr todo cuanto ambiciona.

— Trato de comprenderles a ustedes, pero sin conseguirlo. Mi mente es de otra forma. Sin embargo, he venido aquí a ayudarles. Ése es mi propósito.

—¿Puedes sacarnos de aquí, Erge? — preguntó Larry?

— Sí, naturalmente. Pero no lo hará. Sé que muchos hombres embrutecidos siguen a Joel Nielsen. Otros están desconcertados. Si usted saliera de este encierro, agruparía a sus fieles y lucharían todos entre sí.

»Y yo no deseo causar daño a nadie.

— ¡Nielsen debe ser arrestado y juzgado por sedición! —exclamó el coronel Foex.

— ¿Culpable antes de conocer exactamente las causas? ¡Oh, coronel Foex! ¿Cómo puede usted exigir a los demás que sean justos, si empieza por prejuzgar sin causa?

— ¿Le parece poca causa? ¡Soy el responsable de esta nave!

— Lo sé. Y sé que el motivo que induce a Joel Nielsen a esta acción es pueril. Durante mucho tiempo ha sufrido pensando en Cloe Creutzer. Ése es el principio de lo que usted llama delito de sedición. Lo demás es pura consecuencia. ¿No es simple?

«Incluso a mí me parece absurdo que Cloe no sienta afecto hacia ese hombre.

— Yo no sabía que...

—¿Qué la amase de un modo tan apasionado? — la atajó Erge.

Cloe no contestó.

— Ella se debía a otro hombre. Está casada — aclaró Larry.

— Ése es el defecto de ustedes. Nada ni nadie debe ser privativo de otros. Nada, ni el suelo, ni el aire, ni la riqueza, ni siquiera la conciencia. Ustedes son extraordinarios en unas cosas y torpes y retrógrados en otras. Y esos defectos les crean problemas. Seguramente, como en nuestra historia se relata, cometen muchas locuras por celos absurdos por obsesiones sexuales, por deseos insatisfechos. A nosotros nos ocurría en los albores de nuestra prehistoria. Pero todo aquello fue dejado atrás, juntamente con otros lastres.

— ¿Cómo lo lograren?

— Por educación evolutiva. Es muy simple — Erge miró fijamente a Cloe-—. Me gusta usted, Cloe. Pero yo no vería mal que quisiera usted a Larry Foex. —El gorano sonrió divertido—. ¿Le parece absurdo?

— No... Estoy desconcertada.
— Usted ama al coronel Foex.
— Sí — aseguró Cloe en tono firme.
El aludido ni pestañeó siquiera.
— ¿Y cree que no puede amar a nadie más?
— No puedo admitir esa posibilidad. Tal vez, si fuese como vosotros...

— Han de transcurrir aún muchos años para que nuestra psicología evolucione hasta ese punto, Erge — declaró Larry Foex —. Sin embargo, estamos en el siglo XXI y me gustaría que todos pensáramos de ese modo.
— Empiece, pues, usted por pensar. Puede que su ejemplo se extienda.

— No puedo, Erge. Va contra mis propias convicciones.

— Entonces no juzgue mal a los demás. No existen las pequeñas razones. Todo es relativo y comparativo. Joel Nielsen actúa de acuerdo con sus convicciones. Está loco por Cloe y desea hacerla su esposa.

— ¿Y para ello amotina a la tripulación y causa un grave daño a los demás?

— No nos comprendemos, Erge. Pertenecemos a mundos distintos — contestó Larry.

— Aunque no fuese así, pertenecemos a distintas épocas. Pero no importa, me gustaría que la historia de mi desaparecido mundo fuese conocida en la Tierra.
— A la Academia Universal de Ciencias también le gustaría — contestó Cloe Creutzer.
— Lo malo es que Joel Nielsen parece pensar de otro modo... ¿Eh, qué ocurre, Erge?
— ¡Kare está en peligro! ¡Debo regresar a su lado! ¡Ya volveré y estudiaremos el modo de arreglar esto!
Mientras hablaba precipitadamente, Erge dio media vuelta, apretando en su mano la esfera metálica.
Pero transcurrieron unos segundos sin que ocurriera nada.
—¡Debo volver con Kare! —habló Erge.
— ¿Qué ocurre?

— No lo sé… No comprendo… He debido trasladarme ya… ¡Algo grave está pasando! ¡Kare, Kare! ¿Por qué no me ayudas?

Con el semblante demudado, Erge se volvió a mirar a Cloe y Larry.

— No puedo… *Anx vrei acdo dee muyf*…

— ¡No entendemos lo que dices, Erge!

El gorano estaba hablando rápidamente, pero el «traductófono» había dejado de convertir sus palabras en lenguaje terrestre.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Cloe.

Antes de que nadie pudiera replicar, una tremenda convulsión agitó la astronave, que fue sacudida por un terremoto interno. Las tres personas encerradas en la celda del grupo de Psiquiatría fueron lanzadas violentamente contra el muro.

De no haber sido por el acolchado de fibra elástica, las consecuencias habrían sido graves, como lo fueron para otros tripulantes en distintos lugares de la «Topace».

Pero Larry, Cloe y Erge no sufrieron más que un fuerte choque, del que se recobraron rápidamente.

— ¡Esos estúpidos han estrellado la nave!—gritó Larry.

Erge habló algo en su lenguaje, que los otros dos no pudieron entender. Parecía estar mirando a la esfera metálica, con expresión de incredulidad.

— ¡Kare»! —musitó.

CAPÍTULO VI

Al abrirse la compuerta, la sonrisa se heló en los labios de Joel Nielsen. Su semblante se desencajó y sus ojos oscuros se agrandaron extraordinariamente.

— ¿Dónde está tu compañero?

Kare no. respondió, apretando en su mano derecha la esfera de metal que le permitía escuchar e interpretar el lenguaje de los terrestres.

Detrás de Nielsen, las armas de sus secuaces encañonaban a Kare.

Furioso, Nielsen penetró en la celda y agarró brutalmente a Kare por el brazo.

— ¡Te ordeno que contestes! ¿Cómo ha salido de aquí? ¡Nadie le ha abierto la puerta!

— Suélteme, señor. Me hace daño en el brazo — rogó Kare suavemente—. Si quisiera hacerle daño a ustedes, podría incluso destruirles.

— ¡No permito amenazas!—rugió Joel—. O dices cómo ha salido tu compañero de aquí o te mando matar ahora mismo.

— Le creo muy capaz, señor Nielsen. Erge ha ido a ver al coronel Foex y a la doctora Creutzer. Ahora está en la otra celda hablando con ellos.

— ¿Y cómo ha salido de aquí?

— Muy sencillo. Del mismo modo que voy a hacerlo yo. Observen ustedes.

Nada más terminar de decir esto, la figura de Kare desapareció en el aire súbitamente, dejando a Joel Nielsen con la mano crispada en torno a un brazo inexistente.

En la puerta, los seguidores de Nielsen quedaren atónitos.

Sin embargo, el primero en reaccionar fue el propio Nielsen, quien saltó hacia la puerta, gritando al mismo tiempo:

— ¡Disparad, necios! ¡No ha podido salir de aquí! ¡Debe estar oculta a nuestros ojos! ¡Habrá utilizado algún medio hipnótico para sugestionarnos! ¡Disparad y acabad con ella!

Situado a un lado de sus hombres, Joel Nielsen vio vibrar los artefactos de muerte. Los invisibles chorros iónicos barrieron el interior de la celda, destruyendo el acolchado de las paredes y perforando éstas con fuerte chisporroteo de metal.

— ¡Cerrad la compuerta! — gritó Nielsen.

En su ceguera, el Segundo Comandante de la «To- pace» había

olvidado que, detrás de las celdas del grupo de Psiquiatría, se encontraba una de las dependencias auxiliares de navegación sideral. ¡Y lo que había hecho al permitir el empleo de armas desintegrantes, era un terrible disparate, cuyas consecuencias no tardaron en manifestarse!

En el puente de navegación, George Pellet se proponía posar la astronave sobre el asteroide Agamenon, para lo cual había elegido ya un valle en la cara iluminada, y hacia allí dirigía la nave.

De pronto, algo falló en el control automático, provocado por el incidente ocurrido en la Cabina Tres de Navegación, donde se fundieron circuitos y células.

Lo demás fue consecuencia de la fatalidad.

Perdido el control en momento tan precario, la enorme astronave pareció sufrir un estremecimiento total y luego se desplomó en un mar de polvo, lo que produjo algo parecido a una tremenda explosión que no llegó a sacudir el asteroide, pero sí a la nave.

A consecuencias del violentísimo choque, dentro de la astronave se produjeron muchos muertos y heridos, al aplastarse y abrirse uno de los costados, por donde escapó la presión interior y parte de la atmósfera artificial.

Por fortuna, la «Topace» estaba construida pensando en tales eventualidades y esto evitó un desastre total sobre la superficie del asteroide.

Ninguno de los hombres que acompañaban a Joel Nielsen, causantes directos del desastre, sufrió grave daño. Cayeron todos por tierra, al producirse el choque, y excepto uno que resultó conmocionada, por rebotar contra un muro, los demás pudieron ponerse en pie.

— ¡Esto lo han provocado esos malditos seres! — vociferó Joel.

La luz interior se iba debilitando progresivamente. Por todas partes se escuchaban gritos, lamentos, imprecaciones y golpes metálicos.

— La nave se ha estrellado o hemos chocado contra un meteoro — observó alguien.

— Vamos al puente de mando... ¡Encended las luces!

A tientas, por haberse extinguido totalmente la luz, los hombres se afanaron por alcanzar las compuertas de salida, tropezando unos con otros.

Nielsen, que intentó utilizar uno de los ascensores horizontales, se encontró con que no funcionaba, viéndose obligado a recurrir a una escalerilla de emergencia, por la que subió hasta el pasillo central, donde el desconcierto era mucho mayor. Allí se habían encendido algunas luces y la escena que pudo apreciar era caótica.

Un hombre, con el rostro manchado de sangre — debía tener el cráneo fracturado bajo el casco—, reconoció a Nielsen y se aferró a sus piernas, gimiendo:

— ¡Usted nos ha metido en eso, Nielsen! ¡Sálvenos, por el amor de Dios!

El Segundo descargó una violenta patada en el pecho del herido y continuó su marcha. Sin embargo, ahora llevaba en la mano el arma iónica que había extraído de su funda. Iba dispuesto a matar al que se interpusiera en su camino.

Sin embargo, el desconcierto era tal que nadie se preocupó de él pudo, no sin dificultades, llegar hasta la sala circular donde estaba el puente de navegación.

Allí se encontraba George Pellet con seis hombres, todos armados. Habían conseguido poner en marcha el sistema eléctrico de emergencia y trataban de localizar a Nielsen. La llegada de éste les alegró.

— ¡Gracias al cielo que ha venido usted, Jefe! — exclamó George Pellet —. Temí que le hubiese ocurrido algo.

— ¿Qué has hecho, desgraciado? ¿Qué hecatombe es ésta? ¿Y tú eres nuestro mejor oficial de navegación?

— No ha sido culpa mía, señor. Fue el control automático lo que falló. Nos hemos desplomado sobre Agamenón. No sé cómo estamos vivos todavía. Debieron funcionar los amortiguadores. Desde luego, no lo entiendo. Debió de suceder algo en una de las cabinas auxiliares. Realizaremos una investiga...

George Pellet se detuvo al ver la intensa palidez que se extendió súbitamente sobre el rostro de Nielsen.

— ¡La Cabina de Auxilio número 3, George!—jadeó Nielsen.

Lo comprendió todo en el acto. E incluso estuvo a punto de confesar que él había ordenado disparar contra el muro de la celda del grupo de Psiquiatría, al otro lado del cual se encontraba la cabina auxiliar de navegación. Pero no se atrevió a ello. Sin embargo, exclamó:

— ¡La culpa es de esos dos demonios hibernados! ¡Han logrado salir de su celda sin abrir la puerta!

— ¿Cómo? — gritó George Pellet.

—

No lo sé. Uno había desaparecido cuando llegamos. Y el otro se esfumó ante nuestros ojos. Debió filtrarse a través del muro.

— ¡Eso es imposible, Señor!

— Nos encontramos ante seres que ni siquiera sabemos lo que son.

En otras circunstancias, esto no habría sucedido. Pero desde el momento en que el coronel Foex los hizo venir a bordo, temí que pudieran ocurrir cosas peores.

— No puede existir para nosotros nada peor, señor Nielsen — manifestó un oficial.

— ¿No estamos con vida?

— Sí, pero...

— Mientras haya vida, hay esperanza, Rob. En primer lugar, es necesario inspeccionar los daños... Merck, quiero un informe inmediatamente. Tú, George, te encargarás de la situación interior. Reina un gran desconcierto a bordo. Que se atienda a los heridos sin demora. Hay que reunir a todo el que esté en condiciones de ayudar. Primero debemos saber lo que ocurre. Luego, decidiremos. Toda la tripulación está de servicio.

— ¿Y si alguien se resiste? — preguntó George Pellet.

— ¡Al que se resista, lo matáis! — gritó Nielsen.

* * *

La doctora Ely Michel, con el brazo entablillado, ensangrentado su uniforme plateado, sin insignias ni casco y con el cabello revuelto, penetró en la cámara ocupada por Nielsen.

— Hemos tenido suerte, Joel — dijo la mujer—. Hubiera podido ser peor.

— ¿Y el coronel Foex, Ely?

— Ha tenido más suerte que yo. Está totalmente ileso. Pero dice que no te ayudará en nada. Quiere el mando de lo que has dejado de su nave y exige que tú seas encerrado en una cámara.

Joel golpeó con fuerza sobre el tablero de su mesa.

— ¡No quiero condiciones, Ely!

— Se lo he dicho. Y le he asegurado que, de todos modos, tendrá que salir de su encierro para colaborar contigo. Éste no es momento para resentimientos personales.

— ¡Pues obedecerá por las buenas o por las malas; te lo aseguro!

— No lo creo. Parece muy decidido a continuar allí. Dijo algo acerca de darte más cuerda, para que tú mismo te ahorques con ella.

— ¡Estúpido Foex! Sé lo que se propone. Sabe que el tiempo trabaja a su favor. Al no recibir noticias nuestras en la Tierra, enviarán una nave de rescate.

— No creo que piense eso, Joel. El coronel ignora que las comunicaciones exteriores no funcionan.

— ¡Ah, claro! No lo sabe... ¿No se lo habrás dicho tú?

— No le he dicho nada. Insistió mucho en saber lo que había sucedido. Y le dije lo que tú me encargaste. Un accidente provocado por los hibernados. ¿Por qué no me dijiste que el individuo llamado Erge estaba encerrado con el coronel Foex y la doctora Creutzer?

— ¿Qué? ¿Cómo dices? — exclamó Nielsen; alzando vivamente la cabeza—. ¿Que el hibernado de Agamenón está en la misma celda que Larry Foex y Cloe Creutzer? ¿Desde cuándo?

— Pues no lo sé. Supuse que los habías encerrado juntos.

— ¡No, por diez mil diablos!—rugió Nielsen, poniéndose en pie para presionar un conmutador del tablero—. ¡Dierre, lleva diez hombres armados al grupo de Psiquiatría! ¡Nos reuniremos allí dentro de unos minutos!

Ely Michel vio salir a Nielsen y se sentó en una butaca ortoanatómica. Le dolía muchísimo el brazo herido. El golpe sufrido le había fracturado el hueso. Un practicante le había reducido la fractura y enyesado después el brazo.

De no haber sido por aquella lesión, Ely habría colaborado más estrechamente con el nuevo Jefe de la «Topace». A la astrónomo le gustaban los hombres como el sedicioso Segundo.

La puerta se abrió de nuevo y apareció nuevamente Joel Nielsen.

— ¿Qué has olvidado? — preguntó Ely Michel, sin moverse de su asiento.

— No te preocupes. Déjame solo — contestó él.

Ely se sorprendió.

— ¿No ibas a ver al coronel?

— ¡Te ordeno que salgas! — exclamó Nielsen.

Ely Michel se puso en pie inmediatamente y, sin despegar los labios, abandonó la cámara, para dirigirse a su- cabina particular, en la que se encerró por dentro. Acto seguido se tendió en la litera.

Permaneció allí largo rato mirando al techo.

Mientras, Joel Nielsen se movía en el interior de la cámara que antes fue dominio del coronel Foex. Efectuó extrañas mediciones y comprobaciones en los controles y estuvo .registrando datos y cifras en un pequeño objeto metálico que había sacado de un bolsillo.

A cualquier observador todo aquello le habría parecido extrañó, excepto el «comprobador». Lo más increíble habría sido poder comprobar que mientras Joel Nielsen efectuaba tales registros, ¡otro Joel Nielsen se reunía con la patrulla armada de Derre, en el pasillo del grupo de Psiquiatría, para luego dirigirse a la celda en que estaba encerrado Larry Foex!

* * *

— ¿Cómo ha llegado este individuo aquí? — preguntó Nielsen con voz furiosa, señalando a Erge.

— Lo ignoramos — contestó Cloe —, Lo único que sabemos es que eres un canalla, inepto y ruin.

— ¡He hecho una pregunta! — rugió Nielsen—. Y no estoy dispuesto a tolerar insultos, Cloe Creutzer. Este sujeto y su compañera son los culpables de nuestra situación actual. Se lo previne, coronel.

— ¡Cállate, Joel! ¡Eres más necio de lo que yo pensaba! ¡El único culpable de lo que ocurre eres tú! ¡Y así se comunicará al Consejo Mundial!

— ¡No quiero discutir! ¡Sólo deseo saber cómo ha llegado ese tipo a esta celda! ¿Quién le ha abierto la puerta?

— ¿Por qué no se lo preguntas a él? — le retó.

Sabiéndose seguro y protegido por las armas de los hombres que tenía a su espalda, Nielsen penetró en la estancia y se plantó ante el mudo e impasible Erge.

— ¡Responde tú! ¿Cómo has entrado aquí?

Erge no contestó. Ni siquiera alteró un solo músculo facial.

— ¿Vas a contestar, necio? ¡Sé que puedes entenderme! ¡Habla!

Pero el gorano no replicó.

Furioso, Nielsen alzó el puño derecho y lo lanzó con violencia contra la mandíbula de Erge. Y un grito angustioso brotó de sus labios. Retrocedió, tambaleándose, mirando su puño ensangrentado y al impasible Erge, quien no se había movido de la posición anterior.

¡Nielsen tuvo la impresión de haber golpeado una plancha de acero!

—¿De qué material estás hecho, maldito? ¿Quién dijo que eras un ser humano?

— Es un ser humano —habló Cloe, no muy convencida de lo que decía—. Pero, no de nuestro mundo. Y tu mayor error ha sido enemistarte con él.

—¡Salga usted de aquí, coronel! —aulló Nielsen—. ¡Y usted también, doctora! ¡Yo enseñaré a este demonio! ¡Preparaos para desintegrarlo!

Como de común acuerdo, Larry y Cloe se situaron delante del impasible Erge, protegiéndole con sus cuerpos.

— Para matarle a él tienes que matarnos a nosotros también — declaró Larry, en tono desafiante.

— ¿Y cree usted que no soy capaz de hacerlo, coronel? — replicó Nielsen.

— No. Eres un cobarde. Ya ha muerto mucha gente a bordo por tu culpa. Consuma del todo tu traición asesinándonos fríamente. ¿A qué esperáis para disparar vuestras armas?

Nielsen se mordió los labios y repuso:

— Está bien, coronel Foex. Yo sé que ese sujeto y su compañera tienen la culpa de lo sucedido. Si volvemos alguna vez a la Tierra, así lo haré constar.

Y declararé que usted nos ha puesto a todos en peligro y es el responsable de la muerte de muchos tripulantes, por intentar proteger a esos individuos.

— ¡Te amotinaste contra mí, Joel!

— Me vi forzado a ello, Señor — replicó Nielsen.

— No lograrás convencer a nadie. Sé que estás en un apuro. Para ayudarte, has enviado aquí a la doctora Michel. Le dije a ella lo mismo que te digo a ti. Entrégame el mando de la nave y colaboraré en lo que pueda, si es que puede hacerse algo, excepto rezar para que vengan a rescatamos antes de que sea tarde. Pero debes ser encerrado.

— ¡No puede usted imponerme condiciones! — gritó Nielsen—. Yo mando en la «Topace», por derecho propio. Y su actitud hostil confirma mi primera hipótesis. Necesitamos de su experiencia, coronel; de lo contrario dudo que salgamos adelante.

— Cualquiera que sea la situación de la «Topace», sólo tú eres responsable, Joel — Larry habló lentamente—. Sin embargo, estoy dispuesto a considerar tu proposición. Pienso que tienes razón. Si no colaboro contigo, ¡jamás podré hacerte comparecer ante un tribunal!

Cloe volvió el rostro hacia Larry, en cuyo semblante se había efectuado una leve modificación.

— ¿Aceptará las condiciones de este criminal, Señor?

— Mi nave v mi tripulación está en peligro, Cloe. Pienso en todos ellos y en ti. Primero debemos salvamos, si aun existe esa posibilidad. Luego... ¡ya veremos!

— Las órdenes las daré yo, coronel Foex — aclaró Nielsen, pensando que su superior podía emplear alguna añagaza—. Y estará usted constantemente vigilado por Derre.

— No importa. Deseo conocer cuál es la verdadera situación en que se encuentra la nave. Pido también que la doctora Creutzer sea puesta en libertad. Puede ayudamos. Es una geólogo experimentada.

— De acuerdo. Pero ese sujeto permanecerá aquí y no podrá salir

bajo ningún concepto.

— Hasta que yo recobre el mando — musitó Larry, en cuyo cambio de decisión existía un oculto propósito.

— No intente usted nada descabellado, coronel Foex; o será lo último que haga en su vida — advirtió Nielsen —. Si recurro a usted, es porque le necesito.

Larry hizo un gesto a Cloe para indicarle que saliera. Luego se volvió al impasible Erge y manifestó:

— Lo siento, amigo mío. No sé si puedes entenderme o no. Hago esto porque lo considero necesario y justo. De momento, ignoro si te perjudico o no. Pero si la verdad llega a saberse alguna vez, comprenderás que actúo en beneficio de todos. Haré todo lo posible para que no te ocurra nada. Te ayudaré, sea como fuere.

Erge abrió los labios y sólo emitió un monosílabo ininteligible:

— *Kre* — dijo, al mismo tiempo que mostraba a Larry la esfera metálica que aún conservaba en la mano derecha.

— Entiendo —contestó Larry, seguro de haberle comprendido.

Capítulo VII

Larry, seguido de Derre y de la escolta armada, avanzó despacio por la plataforma que conducía al exterior. Fuera, una potente luz blanca lo inundaba todo. Las sombras eran muy pronunciadas.

Iba provisto, al igual que los demás, del equipo de vacío, con regulación térmica, pesadas botas, con suela de plomo, para compensar la escasa gravedad exterior, y se cubría con la escafandra de «vitrex».

Una vez sobre el polvoriento y pardo suelo de Agamenón, se dirigió hacia donde estaba el equipo de reparaciones, cuyos miembros se extrañaron al verle.

Allí estaba el ingeniero William Tenn y parte del equipo de hombres que intervinieron en la perforación del suelo de Agamenón, cuando descubrieron a los hibernados.

Fue Tenn quien se acercó a Larry, sonriendo:

— ¡Me alegro mucho de verle, Señor!

— Y yo a ti, Billy. ¿Qué estáis haciendo?

— Intentando reparar los desperfectos. Tenemos quinientos metros cuadrados de plancha destruida.

— No hay repuesto, Billy.

— Lo sé, Señor. Pero pensamos que podemos restaurarla y volverla a soldar.

— ¿Y los compartimientos interiores?

— Están muy deteriorados, Señor. Aquí se encontraban los depósitos auxiliares. Se han perdido cien mil litros de agua. En el laboratorio me han asegurado que podrían recuperar la cuarta parte. Lo que no pueden hacer es devolver la vida a los muertos.

— Han perecido ciento doce personas, Billy — informó Larry, con voz triste —. Eso nos permitirá subsistir con menos agua. De todas formas, no veo el modo de reparar otras averías. Los sistemas de orientación y frenado no pueden ser sustituidos. Todas las cajas-robot han estallado.

— Utilizando las computadoras de radiotransmisión podríamos pedir ayuda...

Larry sacudió la cabeza con pena.

— Dice Nielsen que están rotas también. Por tanto, nos hallamos incomunicados con el exterior. Y lo peor es que, si acuden en nuestro

auxilio, no les será fácil hallarnos. Somos una expedición autónoma.

—¿Ha tomado usted el mando, Señor?

— Controlado por Nielsen. Él y sus adictos tienen las armas. Si intento rebelarme, nos matarán. Además, tienen como rehén a la doctora Creutzer, en el puente de navegación.

— ¿Puedo hacer algo por usted, Señor? Deseo manifestarle mi más sincera adhesión.

— Gracias, Billy. De momento, no podemos hacer nada, excepto intentar reparar los daños. Cuando hayáis arreglado esto, intentaremos hacer girar la nave para reparar lo que está en contacto con la tierra. He notado que estamos sobre terreno blando.

— Sí. Se ha acumulado aquí una espesa capa de polvo cósmico.

Mientras hablaban, y siempre seguido por la escolta armada, Larry y el ingeniero Tenn habían recorrido un trecho a lo largo del fuselaje deteriorado de la nave. Algunos hombres, perfectamente equipados con trajes de vacío, les saludaban al pasar. Estaban colocando andamios metálicos para retirar las planchas.

Al pie de un andamio, Larry vio a un hombre que empuñaba un soplete electrónico.

— ¡Andy! ¿Qué estás haciendo aquí?

El aludido sonrió con tristeza y contestó:

— Me han sacado de la enfermería. Señor. Dicen que hace falta gente.

— ¡Pero tú estás enfermo! ¿Cómo ha permitido el doctor Choura...?

— Ha sido orden de Nielsen, Señor.

— ¡Tienes que volver al lecho, Andy!—exclamó Larry, volviéndose a los hombres que le daban escolta —. Derre, este hombre no puede estar aquí. Necesita reposo.

— Yo no le he mandado venir, coronel — replicó Derre secamente —. Dígaselo al Jefe.

—Exijo bajo mi responsabilidad que vuelva inmediatamente a la enfermería. Está en observación. Su enfermedad no se ha diagnosticado todavía y puede ser contagiosa.

— El equipo de vacío nos protege — contestó Derre.

— Pero, ¿y si le ocurre algo?

El sicario de Nielsen se encogió de hombros.

— Yo no sé nada. No tengo nada contra él ni contra nadie. Obedezco a Joel Nielsen porque quiero y porque estaba harto de la monotonía del viaje. Además, el lecho que ocupaba este tipo había que dárselo a la «chica de los animalitos».

Captando el despectivo lenguaje de Derre, Foex preguntó:

— ¿Está herida la doctora Cristhy Cohén?

— Sí, muy mal. Hay muchos heridos a bordo — contestó Derre, con una sonrisa maliciosa en los labios.

* * *

— ¡Abre la puerta, Ely! — gritó Joel, golpeando con los nudillos sobre la plancha de metal que le cerraba el paso a la cabina.

— No quiero.

— ¡Ye ordeno que abras! Si no lo haces, mandare derribar la puerta.

Ely Michel, todavía con su atuendo sucio y el cabello revuelto, abrió la puerta y extendió la mano para impedir el paso al otro.

— ¡Vete de aquí! ¡No quiero verte! ¿No me has echado tú de la cámara? Ahora te echo yo de mi cabina. No te faltarán mujeres de otra especie.

Nielsen arqueó las cejas, sin intentar franquear el dintel.

— ¿Qué dices? ¿Yo te he echado de la cámara?

— Sí hace unas horas. Te he servido bien, Joel. Has hecho conmigo lo que has querido. Prácticamente soy tu esclava. Y ahora que das comienzo a tu locura, me apartas de tu lado como si fuese un estorbo. ¿Acaso han conseguido ya doblegar a Cloe Creutzer?

—¡Despacio, insensata! — atajó Nielsen —. No hace falta levantar tanto la voz. Aclárame eso. ¿Quién, te ha echado de la cámara?

— Tú.

— Eso no es verdad. ¿Cuándo fue?

— Cuando regresaste, inmediatamente después de haber marchado... Cuando te traje el recado de la celda del Je..., de Foex.

— ¿Volví a la cámara?

— Sí.

— No era yo. Cuando regresé, ya no estabas tú. Y, por cierto, eché de menos la clave de Coordinación Central.

— ¡Yo te vi! ¡Eras tú y me hablaste!

Joel no replicó. Miró intensamente a su amante, como pretendiendo penetrar en su cerebro. Luego dijo:

— Alguien, con poder mental suficiente para hacernos ver cosas aparentemente imposibles, está jugando con nosotros. Ni siquiera estoy seguro de que seas Ely.

—¿Estás loco? ¿A qué te refieres?

— Es mejor que te quedes aquí, querida. Y no abras la puerta a nadie, ni aunque te hablen con mi voz. Si no logro eliminar ese peligro, no iremos a ninguna parte.

— Antes de que Ely Michel pudiera replicar, Joel Nielsen dio media vuelta y se alejó con paso rápido, para dirigirse al puente de mando. Dos hombres armados montaban guardia ante la puerta.

Le franquearon el paso.

Dentro, George Pellet estaba discutiendo con uno de sus subalternos.

— Aquí le tienes. Brick. Díselo a él.

—¡Claro que se lo digo! ¡Eres una rata cobarde y traidora, como el que dice ser el Jefe!

— ¡Calla, imbécil!—mascullό Joel—. No quiero discusiones estúpidas.

— ¡No saldremos jamás de este pequeño y despoblado mundo! ¡Pereceremos aquí, atacándonos unos a otros! ¡Y si nos rescatan, seremos condenados por rebelión!

George Pellet agarró a Erick de la pechera y lo zarandeó.

— Déjale, George —ordenó Nielsen secamente, a la vez que desenfundaba su pistola iónica—. ¡Apártate de su lado!

Todos contuvieron el aliento en la cabina de navegación.

Brick agrandó los ojos extraordinariamente al verse encañonado. Y un grito ronco surgió de su garganta:

— ¡No, Jefe; estoy nervio…!

La invisible muerte iónica fulminó al infeliz. Los rayos le perforaron el pecho, y el corazón cesó de latir bruscamente.

Sólo había durado una milésima de segundo, en completo silencio como actuaban las partículas atómicas.

Y Brick se desplomó, muerto.

— Incinerarlo, — ordenó Nielsen, al enfundar su arma — Y pensad en que lo mismo le sucederá al que se porte como él. Ven conmigo, George. Hay algo que debemos estudiar juntos.

El oficial de navegación espacial, todavía impresionado por la acción de Nielsen, avanzó detrás de éste, siguiéndole hasta la sala de trazado, cuya puerta cerró herméticamente, cuando estuvieron dentro.

— Óyeme bien, George. Nos enfrentamos a un grave peligro y es preciso dominar la situación. Según parece, esos dos individuos que hallamos en la cámara de hibernación no son seres corrientes.

»He comprobado que se esfuman en el aire así — Nielsen hizo un chasquido con los dedos—. Incluso me han suplantado delante de Ely Michel. No sé si adoptan la apariencia y el aspecto que quieren, o si hipnotizan a la gente, haciéndoles creer lo que a ellos se les antoja.

—¿Cómo puede ser eso?

— Al parecer, dominan ciencias metafísicas. Ya sabes que esos fenómenos existen y hay hombres que los practican con éxito.

— ¿Qué podemos hacer?
— Hay que eliminarlos.
— ¿Cómo?
— Por sorpresa. El llamado Erge está encerrado en la celda de Psiquiatría, pero su compañera ha desaparecido. Y es ella la que me interesa localizar.
— No será fácil, señor, si posee ese dominio tan extraño.
— Es de carne y hueso, George. Vulnerable a nuestros disparos y debe encontrarse en alguna parte. Quiero que la busquen. Y hasta es posible qué se encuentre en la cámara de hibernación donde fueron hallados. El ingeniero Tenn puede conducirte allí.
—¿Y si no está?
— Destruye todo aquello con una granada atómica de reducida potencia. Hay que eliminar todo vestigio de ellos.
— ¿No será eso una gran pérdida para la Ciencia? — se inquietó George.
—¿Y qué nos importa a nosotros la ciencia? Con la nuestra nos basta para vivir tranquilamente en algún lugar remoto, formando nuestra colonia.
— ¿En alguno de los satélites de Júpiter?
— Sí. Ve y haz lo que te digo... ¡Ah, y tráeme aquí a Cloe Creutzer! Quiero hablar con ella.
George Pellet abandonó la estancia.
Pocos minutos después, entraron dos hombres de la guardia, acompañando a Cloe.
— Siéntate, amiga mía —dijo Joel, señalando un asiento reclinable —. Esperad vosotros fuera.
Los dos hombres salieron, sin replicar, cerrando luego la puerta a su espalda.
Sin embargo, Cloe Creutzer no se movió, permaneciendo erguida y desafiante.
— Este viaje duraba ya demasiado tiempo —empezó a decir Joel —. Y tu hallazgo ha provocado la lógica reacción. Había mucha gente a bordo cansada de la imperiosa autoridad del coronel Foex. Yo soy un jefe más... digamos flexible.
— ¡Más abominable!
Joel sonrió.
—¿Por qué abominable? Existían demasiadas clases sociales entre la tripulación. Era necesario abolir barreras. Se organizó muy mal la expedición. Mujeres casadas, cuyos maridos quedaban allí, en la madre Tierra, debían conservar la actitud digna y respetuosa entre hombres ávidos de ternura y de amor.

«¡Inicuo, amiga mía! Todos somos aquí físicamente sanos. Está prohibida la natalidad. Es preciso ocultarse de todo acto considerado como vergonzoso, ocultar también los sentimientos, los recelos y los odios, porque el reglamento impide aumentar la tripulación.

«¡Y todo eso son bobadas! ¿Hay cosa más natural que el amor? Así creció y se extendió nuestra raza.

Nosotros, navegando por el cosmos, somos exactamente iguales a los que quedaron allí. ¿Puedes asegurar que tu marido te fue fiel? Entre la sociedad política de Atlántida, hay mucha más corrupción y podredumbre que entre el resto de la humanidad.

— ¡Tú sí que estás corrupto y podrido, Joel! ¡Para ti, no existe nada más que tu egoísmo y tu megalomanía! ¡No concibes que nadie pueda rechazarte! ¡Pero te aseguro que nada conseguirás de mí!

Joel Nielsen sonrió despectivamente.

— Nadie osará tocarte, Cloe. Quien lo haga, morirá. Has de ser mía tarde o temprano. No tengo prisa. Y cuanto antes quede todo aclarado entre nosotros, tanto mejor.

«No quiero ser rudo y puedo serlo. Existen muchos modos de doblegar a una mujer. Un recurso que da buenos resultados es el tratamiento psiquiátrico. En pocas semanas puedo debilitar de tal modo tu mente que después no te importe lo que ocurra. Una renovación cerebral, afirma Heens. La mente se desfigura y lo que antes nos parecía odiosa, luego se convierte en algo amado e insustituible.

Cloe se mordió los labios.

— Estoy dispuesta a dejarme matar… ¡incluso al suicidio!…, si intentas algo semejante conmigo.

— No quiero llegar a ese extremo, Cloe. Siento aquí, dentro de mí, que te necesito.

— ¡Y yo siento que te aborrezco con toda mi alma! — gritó Cloe, con voz profundamente hiriente.

Sin inmutarse, Joel Nielsen extrajo su pistola iónica de la funda. Entornó los ojos al ajustar el selector de disparo.

— ¿Qué…? ¿Qué te propones? —preguntó Cloe, aterrada—. ¿Vas a matarme?

— No. Este objeto, como sabes, puede disparar rayos iónicos continuos y discontinuos o vibratorios. Un solo haz vibratorio te sacudirá el cerebro con tal Violencia que te hará perder el sentido. Nada más. En un par de horas volverás de nuevo a la razón. Y entonces te darás cuenta de que es inútil luchar contra mí.

Una cínica sonrisa asomó a los labios de Joel, al levantar el arma y apuntar a la cabeza de su hermosa antagonista, cuyos ojos se habían

agrandado por el terror y la impotencia.

— ¡No, Joel; no dispa...!

El individuo no llegó a disparar. Cuando oprimía el pulsador, un extraño fenómeno tuvo lugar ante sus ojos. ¡Y fue que Cloe Creutzer desapareció súbitamente!

* * *

Ante Cloe estaba Kare, ahora vestida con su primitivo y exótico traje escarlata.

El lugar era la cámara de hibernación y la compuerta se hallaba herméticamente cerrada.

— ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cloe, mirando a su oponente.

— La he traído aquí, doctora Creutzer. Tenía que arrebatársela a ese monstruo. Lo que se proponía hacer con usted es abominable, como usted misma ha dicho.

— ¿Nos ha escuchado?

— Y visto —replicó Kare, señalando algo semejante a un tubo catódico empotrado en el muro metálico, entre una confusión de objetos extraños—. Puedo ver lo que sucede en cualquier parte de la astronave.

— ¡Eres maravillosa, Kare!

— Eso no es nada. He estudiado concienzudamente el cerebro de Joel Nielsen y sé que es capaz de todo con tal de conseguir su propósito. Yo no sé si hago bien en intervenir. Es Erge quien me ha dado la consigna de destruir a ese hombre.

— ¿Qué significa la palabra «kre»?

— Guerra. Hace billones de años que no se utiliza en nuestra lengua. Ahora, nos vemos obligados a luchar. Y podría acabar con ese individuo moviendo un dedo únicamente.

— ¿Por qué no lo haces, Kare?

— Hay muchas razones. No sé si obro bien o mal. En realidad, conozco muy poco de vosotros. Mi instinto, por llamarlo así, me dice que el coronel Foex es bueno y justo. Sin embargo, hay mucha gente en esa nave que sigue a Nielsen.

—¡Son los malvados y los degenerados los que le siguen!

— Esos individuos, mujeres y hombres, piensan y sienten, doctora Creutzer. Obran impulsados por un instinto primario y están frenados por la autoridad del Jefe Foex. Ahora reina gran desconcierto en la tripulación. Han visto morir a muchos de sus camaradas y están asustados. El miedo es desconcertante. Una mente asustada no razona correctamente.

«Y mi temor es sencillo: si elimino a Nielsen, el pánico puede desencadenar una hecatombe.

— Entiendo — musitó Cloe —. ¿Y por qué no traes aquí al coronel Foex? Él sabrá lo que debe hacerse.

— ¿Y asustar más a esos individuos, dándoles muestras de mi poder? No he tenido más remedio que hacer estas cosas, para conservar la vida. Han estado a punto de matarme con vuestras armas. Debo ser prudente. Además, Erge desea hacer las cosas de otra manera.

— ¿Una guerra sin muertos?

Kare sonrió.

— Una guerra sin vencedores ni vencidos... Una guerra que no deje resentimientos. Él cree que la existencia humana es muy valiosa. Joel Nielsen será destruido, ¡pero no totalmente!

«¡Mataremos al malvado que hay en él!

Capítulo VIII

Cuando se despojaba del casco de «vitrex», en la cabina de descontaminación del hangar-2, el doctor Choura se acercó a Larry.

— ¡Esto es intolerable, Señor!

El destituido Jefe de la «Topace» miró al médico de color y luego a la escolta de Derre, cuyos miembros permanecían a un lado, indiferentes.

— ¿A qué se refiere, doctor?

— Nielsen ha perdido la cabeza. Está loco.

— Lo creo. Pero yo no puedo hacer nada. Represento un peligro para él y estoy vigilado.

— Me gustaría que viese usted el estado en que se encuentra la doctora Cristhy Cohen. La han maltratado hasta lo indecible y...

Larry se mordió los labios.

—¡Perros sanguinarios!

— Existe un desenfreno irreprimible, Señor. He intentado hablar con Nielsen, pero ni siquiera me ha recibido. Esto es la ignominia mayor que he visto en mi vida.

— Yo hablaré con Nielsen, doctor.

— Si el desastre a que han llevado a la nave no es bastante, las agresiones que se realizan contra las mujeres provocarán una guerra interna, de consecuencias incalculables.

— No puedo hacer nada. Incluso mi vida corre peligro. Nielsen ha amenazado con matar a la doctora Creutzer si no colaboro con él.

— ¿Y no sería mejor librarse de esos dos extranjeros y devolverlos a su cámara, para que usted pudiera tomar el mando? —insistió el ingenuo doctor Choura.

Larry Foex sonrió tristemente.

— Usted no parece darse cuenta de la realidad, doctor. Esos dos seres son el pretexto utilizado por Nielsen. Él quería el mando de la nave. Puede que no sea del todo responsable, debido a la perturbación de su mente. Pero sus intenciones son patentes. Y éstas son las consecuencias.

«En cuanto la tripulación se dé cuenta de la realidad, se amotinará contra él y, a pesar de las armas que posee, será eliminado. Dios tenga piedad de todos nosotros entonces.

— ¡Hay que impedirlo!

— Ahora no es posible hacer nada, doctor. Lo sé muy bien. Nielsen ha dado la consigna de salvar la nave y todos colaboran por instinto

de conservación. Al mismo tiempo, el libertinaje alegra a los rebeldes. Véalos usted —Larry señaló el grupo de vigilancia—. Están satisfechos. Nielsen les da todo lo que apetecen. Se dejarían matar por él.

—¿Y no piensa hacer nada? —insistió el doctor Choura—. La señorita Cohen no hace más que preguntar por usted.

— Dígale que... No le diga nada, doctor. Si puedo, iré a verla a la enfermería. Ahora, perdone. Tengo que ir al puente de navegación.

Seguido de Derre y de su grupo. Larry Foex abandonó el hangar y la cabina de descontaminación. A pie, pues no funcionaban los servicios de comunicación interior, se dirigió hacia el puente, de donde partían en aquel momento un grupo de ocho hombres armados, al mando de George Pellet.

— ¡Eh! —preguntó Derre—. ¿Dónde vais vosotros?

—¿A ti qué te importa? —replicó Pellet ásperamente—. Métete en tus asuntos.

— ¡Allá te pudras, oficial! —masculló Derre.

Nada más entrar en el puente, la puerta de la cabina de trazado se abrió con violencia y apareció el desconcertado Joel Nielsen, cuya mano empuñaba una pistola iónica.

— ¡Se ha desmaterializado! —gritó—. ¡Ha desaparecido igual que la mujer gorana!

Los dos hombres armados que habían estado de guardia ante la puerta de la cámara de trazado entraron rápidamente a comprobar lo que decía el excitado Nielsen.

— ¿Qué es lo que sucede aquí? —preguntó Larry.

— ¡Usted tiene la culpa de todo, coronel! —masculló Nielsen, frenético, apuntando con su arma al Jefe.

— No seas cínico, Joel. El único culpable aquí de todo eres tú. Y debes reconocerlo antes de que sea tarde.

— ¿Dónde ha ido la doctora Creutzer? — pregunto uno de los guardianes, al salir de la cabina, estupefacto.

—¡Ha desaparecido, imbécil! ¡Estaba frente a mí y, de pronto, ¡zás!, se esfumó como si se la hubiese tragado el infierno! Sé lo que está ocurriendo. Se trata de esos dos condenados seres. Aparecen y desaparecen como por arte de magia. Y lo mismo hacen con nosotros.

— Eso te convencerá de que tienen poderes que nosotros no comprendemos. Ya te dije que eran muy superiores a nosotros.

— ¡Yo acabaré con su poder! —gritó Nielsen—. Veréis todos lo que haré con ellos. Vosotros, venid conmigo.

Joel Nielsen parecía echar chispas por los ojos al dirigirse hacia la salida del puente de navegación.

Y como Derre y su grupo vacilase, se volvió en el umbral.

— ¿Qué os pasa?

— ¿Y el coronel? —preguntó Derre.

— Traedlo también. Quiero que sea testigo de lo que ocurre.

* * *

Erge se dejó conducir dócilmente. Su rostro aparecía impenetrable al salir de la celda, rodeado de los rebeldes armados.

— Llevadlo a la Sala del Consejo —ordenó Nielsen. Erge miró a Larry y luego caminó, empujado por las armas de sus captores.

El coronel comprendió que el prisionero se dejaba conducir, obedeciendo a un plan premeditado, cuyo significado no podía comprender en absoluto.

— ¿Qué es lo que te propones, Joel?

— Pronto lo sabrá usted, coronel.

— ¿Es que no te das cuenta de que juega contigo?

— ¿Quién juega conmigo? ¿Ese extraño? ¡No lo crea, coronel! Voy a meterle en la cámara aislante. No podrá escapar de allí.

— Si hubiese querido escapar, ya lo habría hecho —contestó Larry —. Nosotros no somos capaces de comprender a ese individuo. No es como nosotros.

— Sí, ya sé que aparecen y desaparecen como fantasmas. Pero yo no creo en espíritus, coronel.

Iban caminando detrás del grupo que rodeaba al cautivo. Larry estaba aguardando que ocurriera algo de un instante a otro, pero no fue así. Llegaron hasta la Sala del Consejo, donde se había colocado una cabina transparente de «vitrex».

— ¡Metedlo ahí! —ordenó Nielsen.

Dócilmente, Erge penetró en la cabina y se sentó en la silla giratoria que había allí. Larry, al mirarlo de cerca, creyó adivinar, más que ver, una sonrisa en sus labios.

Los esbirros de Nielsen cerraron la puerta de la cabina y conectaron los electroimanes de cierre. Una conducción ingeniosa, situada en el piso, permitía renovar la atmósfera; y una combinación de micrófonos y altavoces facilitaba el dialogo con el prisionero, quien continuaba llevando en la mano la esfera metálica del «gaerk».

Se permitió entonces la entrada en la sala a muchos miembros de la tripulación, mientras Nielsen se sentaba detrás de la mesa del presidente, lugar que en otras ocasiones había ocupado Larry Foex.

Aquello tenía toda la apariencia de un consejo multitudinario. En la sala se reunieron hasta doscientas personas, muchas de las cuales miraron a donde estaba sentado Larry Foex y la escolia que le vigilaba.

El individuo encerrado en la cabina de «vitrex» permaneció siempre impasible y como ajeno a todo.

— Miembros de la tripulación de esta astronave — empezó a decir Nielsen, inclinado sobre la rejilla del comunicador que tenía ante sí—, todos sabéis quién es el sujeto que está encerrado en la cabina aislante. Es un ser de otro mundo, un enemigo nuestro, un peligro para todos nosotros y para toda la humanidad. Es cierto y puedo demostrároslo.

«La presencia de ese sujeto en nuestra nave me obligó a exigir al coronel Foex la dimisión del mando. Yo comprendí el peligro que corríamos; y él, dominado por la telepatía mental de ese sujeto, no estaba en condiciones de protegernos.

«No se trata de un individuo solo. Son dos. El otro huyó de su encierro, todavía no sé cómo, y provocó el desastre que todos lamentamos. Por culpa de la inexperiencia de Larry Foex, estamos ahora en una situación crítica.

«Yo les prometo reparar la nave y llevaros a lugar seguro.

«Pero ahora no os he reunido aquí para hablar del futuro, que habrá de ser maravilloso para todos nosotros, sino del presente. Ese individuo que veis ahí es un peligro una amenaza. Yo, como jefe provisional de la nave, no necesito consentimiento de nadie para hacer justicia. Puedo ordenar que se le elimine, en beneficio de todos, y asunto concluido.

«Eso es lo que haré. Pero deseo que todos seáis testigos de mi justicia. Este hombre tiene derecho a defenderse.

«— ¿Qué burla está tramando Joel? —se preguntó Larry, inquieto.

— Sabemos que, utilizando el objeto esférico que lleva en la mano, ese sujeto puede entendernos y hablar nuestra lengua. No es un ser ignorante — continuó diciendo Nielsen—. Por tanto, hablará y dirá la verdad. Él sabe que es imposible escapar del lugar en donde se encuentra. Aunque desaparezca a nuestros ojos, utilizando la hipnosis colectiva, seguirá estando ahí.

«— ¡Eres un necio, Joel Nielsen! —pensó Larry—. ¿Es que no te das cuenta que Erge está jugando contigo? Si quisiera, te fulminaría con el pensamiento. Pero ¿por qué hace Erge esto?

En efecto, el gorano estaba inmóvil, fija la vista en su acusador, sin pestañear siquiera, como si hubiese vuelto a su prolongada hibernación.

Joel Nielsen continuó hablando un rato, tratando de convencer a sus semejantes de la justicia y legalidad de sus actos y conducta. Y al final llegó al fondo de la cuestión, como esperaba Larry Foex.

— Por esto os he convocado aquí — concretó —. Podía haber eliminado a este individuo sin consultar con nadie. Pero quiero que seáis vosotros mismos los que pronunciéis su sentencia. ¿Debe o no morir este sujeto? Los que se pronuncien por su muerte, que alcen la mano.

Entre las doscientas personas que llenaban la sala se alzaron más de ciento cincuenta brazos.

Larry Foex cerró instintivamente los ojos.

— Es suficiente, hermanos. Eso es lo que quería de vosotros — habló Joel Nielsen—. El acusado debe morir. ¿Tienes algo que decir?

— Sí —se oyó la voz firme y clara de Erge, a través de los amplificadores—. Tengo algunas cosas que decir.

Los asistentes a la reunión empezaron a vociferar estruendosamente. Sin embargo, la voz potente de Erge se hizo oír por encima del estruendo de los gritos, logrando acallarlos a todos en pocos instantes.

Larry, como petrificado, había visto a Erge ponerse en pie, dentro de su cabina transparente, y volverse hacia la masa de espectadores.

— Sabía que esto iba a ocurrir, porque entre otras facultades poseo la de anticipar el futuro. Sabía que este sujeto deleznable y vil me utilizaría en beneficio de su propio egoísmo, porque yo no soy igual que vosotros, aunque así lo parezca.

«Sabed todos que ese hombre no es vuestro jefe, sino un farsante corroído por la envidia y la demencia, cuyo único móvil es el de lograr a una mujer que no conseguirá jamás.

«Ese hombre que os ha dirigido la palabra, empleando embustes y patrañas, es un pobre loco que no puede mover ni un solo dedo para destruirme. ¡Vedlo, yo le domino a través de este inservible encierro!

Todos pudieron ver a Joel Nielsen, puesto en pie, con una expresión descompuesta en el semblante, como si quisiera decir algo y no le obedecieran las cuerdas vocales. Su actitud también era de desesperada furia.

El desconcierto cundió entre todos los reunidos.

— Yo no soy un ser como vosotros. Pertenecía a una raza muy superior a la vuestra. Las naves de mi mundo surcaban el cosmos mucho antes de que vuestro planeta estuviese habitado. Y si ahora tenéis vida y razón, nos lo debéis a

nosotros.

— «Mi mundo desapareció. Fue destruido por seres de la mentalidad de este Nielsen, que hicieron sucumbir a miles de millones de hombres y de mujeres honestos, honrados y dignos.

«Eso sois vosotros, con vuestros defectos. Gente laboriosa, correcta y educada. No estabais preparados para un prolongado viaje de este tipo. Vuestros dirigentes cometieron graves errores al reglamentar la vida que debíais llevar en esta nave, como si aún estuvieseis en la Tierra.

«Tampoco podéis juzgar a otros seres que no conocéis. En lo futuro, os encontraréis con seres distintos a vosotros. Con inteligencias distintas a la vuestra, y no os podéis considerar superiores a ellos. No es ése vuestro modo de actuar en el universo físico que os rodea.

«Siempre habréis de estudiar previamente al ser que halléis. No avasallarle primero, porque si se trata de un ser superior a vosotros, como en este caso, os destruirá antes que dejarse destruir.

«No debéis ser ciegos, ni sordos, ni torpes. Pero tampoco se os puede pedir que seáis más de lo que sois. Conozco a vuestro legítimo jefe, el coronel Foex, y sé que es justo, honorable y correcto. Se ha comportado conmigo dignamente. Ha comprendido lo mucho que podía aprender de nosotros y nos ha invitado, en primer lugar, a que viéramos su nave y todo lo descubierto por vosotros, y luego hubiésemos entablado relaciones provechosas para todos.

«No tiene objetivo permanecer eternamente hibernados en una cámara que se puede convertir en tumba definitiva. Nosotros agradecemos vuestra llegada y no la menospreciamos. Queremos salir del encierro en que hemos permanecido tantísimo tiempo. Nuestra existencia también es limitada. Pero la honradez y la justicia nos impedía tratar de someter a nadie. Somos justos por condición natural.

Mientras hablaba Erge, salió de su encierro, «atravesando» la pared de «vitrex» y fue a situarse ante la primera fila de sobrecogidos tripulantes.

— Miradme bien. Soy un ser de carne y hueso, como vosotros. Y he podido, en todo momento, escapar del encierro en donde Joel Nielsen me introdujo. He convertido mis facciones en durísimas moléculas, sobre las que se ha estrellado inútilmente el puño de ese verdugo irascible.

«Sólo vacilé en una ocasión. El coronel Foex, aquí presente, lo recordará bien. El «gaerk» dejó de funcionar por culpa de mi compañera Kare, y no tuve más remedio que aceptar la situación.

«Yo no quería, ¡no debía, dicho de otro modo!, demostrar que mi poder es superior al vuestro. En cuanto establecimos contacto y nos

conocimos, los registros de mi cerebro me indicaron que debía comportarme con equidad hacia vosotros.

«No presumo de ser perfecto, ni mucho menos. Sólo más evolucionado. Y yo no me proponía, ni mucho menos, hacer demostraciones de mi superioridad física.

«Un ser de mis condiciones, en vuestro mundo, o en esta nave, que es parte de vuestro mundo, sería considerado inmediatamente como un dios. Y no soy nada de eso.

«Si atravieso obstáculos físicos por donde vosotros no podéis pasar, es porque dispongo de medios para ello. Unas veces me convierto en energía, desintegrándome e integrándome en otro lugar; y otras hago que la desmaterialización se produzca en donde conviene a mis deseos, como en este caso.

«Vosotros sois incapaces de atravesar un muro. Yo, no. Mi poder mental me permite anular vuestros cerebros, presionando puntos neurálgicos vitales, que os imposibilitan toda acción. Igualmente actúo sobre un individuo que sobre millares. Sólo yo conozco la limitación de mi fuerza.

«Y os aseguro solemnemente que puedo destruiros, aniquilaros, a vosotros y a vuestra nave con sólo formular el deseo de hacerlo.

«Nada temáis. No os causaré daño. Mi propósito no es ése, sino todo lo contrario. Quiero enseñaros los antiguos secretos de nuestra civilización. Os haré ver y comprender todo aquello que seáis capaces de ver y comprender, para que, a vuestro regreso a la Tierra, sepáis cuál fue vuestro origen.

«Eso os hará mejores a todos. La única condición que os impongo, de grado o por fuerza, es que se le devuelva al coronel Larry Foex el mando de su nave, se le entreguen las armas robadas del arsenal y que el culpable de todo lo ocurrido, Joel Nielsen, Segundo Comandante de esta nave, sea castigado como corresponde, según el código.

Tocos los asistentes habían escuchado las palabras de Erge petrificados. Nadie había osado siquiera despegar los labios. Ahora se daban todos cuenta del inmenso poder de aquel sujeto.

— ¡Arrojad vuestras armas al suelo! — exclamó Erge, volviéndose al grupo que rodeaba a Larry.

Derre fue el primero en obedecer. Sus compañeros le imitaron.

Larry se puso entonces en pie y avanzó hacia Erge, a quien tendió la mano.

— Gracias por tu ayuda, amigo mío. La humanidad entera te agradecerá este gesto.

En aquel instante, Joel Nielsen pareció recobrar el movimiento, pues se lanzó a toda velocidad hacia una de las puertas circulares,

para escapar de la sala antes de que nadie fuese capaz de detenerle.

Algunos quisieron lanzarse tras él, pero Larry les contuvo.

— Dejadlo. Luego me ocuparé de él. Ahora me interesa mucho más que todos me acepten de buen grado como jefe de esta nave. Y, con la ayuda de Erge y su compañera, saldremos del apuro en que…

Un súbito temblor, semejante a un fuerte seísmo, sacudió la nave. Todos los que estaban de pie cayeron al suelo rodando. Y a los pocos segundos, entre el griterío y el desconcierto, se oyó una lejana y fuerte explosión, parecida al ominoso trueno de una tempestad.

—¡Ha sido una explosión atómica! —gritó alguien.

Capítulo IX

— ¿Qué es lo que os proponéis, Pallet? — preguntó William Tenn, volviéndose al oficial de navegación, que iba sentado junto a él, en el vehículo «todo terreno» que acababa de abandonar la astronave y avanzaba rápidamente sobre el polvoriento y árido suelo de Agamenón.

— No te conviene hacer preguntas, ingeniero Tenn. El Jefe nos ha dado una orden y hemos de cumplirla. Guíanos hasta el lugar donde se encuentra la cámara de hibernación de los goranos. Y no intentes burlarte de nosotros o te pesará.

— ¿A qué vamos allá?

— Eso es cosa nuestra —contestó Pellet en tono desabrido.

Billy Tenn había visto una pesada caja negra que los seguidores de Pellet colocaron en la plataforma del vehículo. Incluso notó el cuidado con que la manejaban. Pero no sospechó siquiera que allí dentro pudiera haber un lanzagranadas... ¡Y menos que se propusieran arrojar una carga atómica dentro de la excavación practicada por él y Cloe Creutzer!

Por su parte, George Pellet tampoco iba muy risueño a cumplir la orden de Nielsen. Arrojar una granada atómica en aquel pequeño mundo podía provocar un cataclismo. La granada no era de gran potencia. Se eligió una adecuada, que consideraron suficiente. Las consecuencias de ello se verían después.

Al cabo de unos minutos de camino, fue Pellet quien preguntó:

—¿Estás seguro de que éste es el camino?

— Sí —replicó Tenn—. La perforación la iniciamos detrás de aquella colina.

El vehículo ascendió la rampa con dificultad, por ir excesivamente cargado de hombres y material. Sin embargo, el conductor redujo marchas y logró alcanzar la cima.

— ¡Uf! Creí que no llegaríamos arriba.

— ¡Allí está la máquina de perforación! —exclamó un hombre sentado junto al conductor.

— Desciende por ese plano, Greg —ordenó Pellet—. Ahora veo que no nos has engañado, Billy... Preparad la máquina, muchachos.

— Es conveniente estudiar previamente el terreno — observó otro.

— Yo efectuaré un reconocimiento.

El vehículo fue a detenerse cerca de donde estaba la máquina perforadora empleada por el equipo de Cloe y Billy. Un agujero de dos

metros y medio de diámetro se abría en el suelo. A escasa distancia había un gran montículo de tierra negruzca.

Los incursores notaron el intenso silencio que les rodeaba en aquel mundo muerto. Todos parecían contener hasta el aliento.

— Ven conmigo, Billy — dijo George—. Vamos a bajar hasta donde se encuentra la cámara de hibernación.

— ¿No habrá nadie aquí? —preguntó el conductor del vehículo.

— No lo creo. Y si hay alguien, peor para él.

La máquina de perforación había horadado la tierra en un plano inclinado. Era el sistema más conveniente, tanto para expulsar la tierra hacia el exterior como para poder entrar y salir fácilmente. Una perforación vertical entrañaba grandes dificultades.

George Pellet, William Tenn y dos hombres armados, provistos iodos de potentes lámparas eléctricas, descendieron por la rampa hasta llegar a la cámara última, tras de cuyo mamparo artificial se encontraba la cámara de hibernación gorana.

William Tenn se aseguró de que la compuerta estaba cerrada por fuera, tal y como ellos la habían dejado al evacuar aquel lugar, llevándose a Erge y Kare.

— No parece haber venido nadie.

— Me alegro —contestó George—. Eso facilita las cosas. Hemos venido aquí a destruir esto.

— ¿Cómo? ¿Destruir la cámara de hibernación, con todo el material que contiene?

— Sí, ésa es la orden — contestó Pellet, empezando a descorrer los pestillos de la compuerta.

— ¡No! —gritó Tenn con energía—. Dentro de esa cámara hay documentación valiosísima de una antiquísima civilización.

— Yo cumplo órdenes. A nosotros no nos importa nada todo eso. No lo necesitamos. Jamás volveremos a la Tierra.

—¿Qué estás diciendo, Pellet? — se asombró Billy Tenn.

— Ya lo has oído. Nielsen me contó anoche que, cuando esté arreglada la nave, nos dirigiremos a un planeta donde no podamos ser hallados, y allí formaremos una colonia. Él será nuestro Jefe y no existirá ningún reglamento. Disfrutaremos de drogas, tendremos mujeres e hijos, viviremos plácidamente, sin hacer nada, todo el día tumbados a orillas de algún río rumoroso, sin complicaciones ni problemas. Dentro de algunos años, nuestros hijos crecerán y serán diferentes a como hemos sido nosotros. Libertad absoluta, ociosidad total, placer...

— ¡Eso es una locura! —exclamó Tenn—. ¡Tú no puedes creer que eso sea posible!

— ¿No? Será posible para mí. Puede que tú, si no estás conforme con Nielsen, tengas que trabajar la tierra para que nosotros podamos reposar. ¡Y basta de estupideces! ¡Volvamos arriba! Colocaremos una granada atómica en este refugio y nos retiraremos a prudente distancia. No quiero ser alcanzado por radiaciones nocivas.

Billy Tenn pareció vacilar y luego disponerse a obedecer. Pero, de pronto, se apartó a un lado y sus manos se agarraron fuertemente al fusil iónico que empuñaba uno de los hombres que le habían dado estulta. Logró arrebatarle el arma de un fuerte tirón, producida por su acto, George Pellet reaccionó y le dirigió un haz de luz a los ojos. Luego, el casco irrompible de «vitrex» que llevaba Pellet embistió al vientre de Tenn, quien se dobló a la vez que jadeaba.

El otro hombre armado se volvió también y casi llegó a oprimir el disparador. No lo hizo porque Pellet se interponía.

— ¡Apártese, señor!

— ¡No dispares! —gritó Pellet, cuyo pie, provisto de una pesada suela de plomo, cayó con violencia sobre el pecho del caído Tenn.

Éste jadeó ahogadamente. Los otros pudieron oír perfectamente a través de sus audífonos individuales, y después ladeó la cabeza. El arma que había arrebatado al guardián se le escapó de las manos. La recogió su propietario, mientras Pellet decía:

— Ha perdido el conocimiento.

— ¿Nos lo llevamos?

— ¿Para qué? —replicó Pellet—. Ya habéis oído cómo piensa. Sería un estorbo. Lo dejaremos aquí. No recobrará el sentido jamás.

Había expresión de homicida fiereza en el rostro de George Pellet al decir esto.

— ¡Vámonos, pronto!

Retrocedieron por la rampa y salieron al exterior, donde llegaron unos cinco minutos después, jadeando.

— ¿Preparado, Greg?

Sí, señor —dijo el conductor del vehículo, golpeando suavemente el lanzagranadas que habían colocado ya en la plataforma posterior del vehículo.

— ¿Será suficiente para alcanzar la colina?

— Que sean quince entonces.

El artillero, inclinado sobre el fatídico artefacto, manipuló una especie de reloj y luego miró a George, quien ya había subido al vehículo.

— ¿Y el ingeniero Tenn? — preguntó otro guardián. — Intentó atacarnos y lo hemos dejado abajo —replicó Pellet—. No lo necesitamos ya... ¡Fuego!

Se produjo una sorda explosión y la cápsula salió disparada hacia el interior del pozo. En el mismo instante, Greg arrancaba el vehículo y escapaba de allí a toda velocidad.

George Pellet no retiró la mirada de su reloj de pulsera. Los otros volvían el rostro con frecuencia hacia donde había quedado la máquina de perforación.

— Es lástima perder una excavadora tan bonita —dijo alguien con voz tensa.

— ¿Has graduado bien la espoleta? —preguntó Greg, al artillero.

— ¡Sí, por Satanás; no me pongas nervioso!

— ¿No puede correr más este trasto, Greg? —inquirió Pellet.

— No, señor. Estamos subiendo la rampa.

— Pues procura darte prisa porque sólo faltan siete minutos.

Greg se puso nervioso. La pendiente en aquel lado de la colina era más acusada y el vehículo, aunque llevaba ochenta kilos de menos que a la ida, parecía tener más dificultad para ascender.

Por este motivo, al reducir la marcha, el vehículo se detuvo.

— ¡Maldición! —gritó George Pellet—. ¿Qué has hecho, estúpido?

— Perdón, señor —se disculpó Greg, azorado, intentando de nuevo poner el motor en funcionamiento, que era un tipo evolucionado de «hidración», y, por tanto de un autodominio ilimitado—. Estoy muy nervioso... ¡Y esto no funciona!

Algunos hombres saltaron a tierra y echaron a correr ladera arriba. Pellet miró su reloj, cuyo cuentasegundos parecía volar en vez de correr.

— ¡Arranca de una vez, por el amor de Dios!

En su nerviosismo y agitación, Greg apretó demasiado la palanca de arranque, y, para su desmayo, ésta se rompió, quedándose con un trozo en la mano.

Pálido como un muerto, se volvió a su superior.

— Se ha... ¡se ha ro...! ¡Se ha roto, señor!

Los otros guardianes corrían ya a más de cincuenta metros.

George Pellet no aguardó más. Sospechaba que dentro de pocos minutos nadie sobreviviría en un radio de acción de quince kilómetros. Tenían que alcanzar la cima de la colina y luego correr ladera abajo, para alejarse suficientemente.

— ¡Debí ordenar que dieran más tiempo para la explosión! ¿Qué esperas ahí, idiota? ¡Vámonos cuanto antes!

George Pellet saltó a tierra y lo mismo hizo Greg. Echaron a correr ladera arriba, no en la misma dirección en que corrían sus restantes compañeros, cuyas huellas aparecían perfectamente marcadas en el suelo blando, sino en un plano algo inclinado, porque George creyó que hacia donde él se dirigía la cumbre de la ladera era más baja y, por tanto, más fácil de alcanzar.

Sin embargo, aquél fue su tremendo error.

De pronto, el suelo se hundió bajo sus pies, al resquebrajarse una capa superficial de polvo que cubría una grieta. Y George Pellet rodó hasta dos metros y medio de profundidad.

— ¡Socorro, Greg! ¡Ayúdame a salir de aquí!

Greg se detuvo un segundo. Primero miró al fondo de la grieta, donde estaba atrapado Pellet; luego, volvió el rostro atrás. Y le pareció que la máquina de perforación, el agujero que conducía a la cámara de hibernación y el montículo de tierra negra, estaban demasiado cerca.

Incluso creyó ver salir ya la lengua de fuego radiactivo que le alcanzaría en pocos segundos.

Y el terror puso alas en sus pies.

— ¡No puedo entretenerme, señor! —gritó, mientras saltaba sobre la zanja y se desviaba, para ahora seguir las huellas dejadas por los otros.

— ¡No me abandones aquí! ¡Ten piedad de mí! ¡Greg, vuelve!

George Pellet, en su desesperación, ni siquiera tuvo un atisbo de recuerdo para el infeliz al que había abandonado dentro de la gruta, justamente donde lanzó la granada atómica.

Intentó desesperadamente salir de la zanja y cayó varias veces. Al fin, sus manos enguantadas alcanzaron el borde. Hizo un esfuerzo por izarse, y fue entonces cuando sus ojos vieron la esfera del reloj.

¡Sólo faltaban dos minutos!

— ¡Dios mío, ten piedad de mí! ¡Socorro! ¡Auxiliadme! ¡No me dejéis aquí!

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, debido al pesado lastre de sus botas, casi consiguió salir de la zanja. Miró también, como Greg, hacia donde iba a producirse la explosión aniquiladora.

El terror le desencajó las facciones.

¡En aquel preciso instante, una lengua de fuego surgió del agujero situado a menos de dos kilómetros!

Luego, la tierra tembló, y George Pellet fue derribado violentamente. Después se escuchó un tremendo rugido.

George Pellet ya no oyó nada más.

* * *

Billy Tenn forcejeó, intentando librarse del objeto duro que le envolvía totalmente. Había recobrado el sentido y se encontró en lo que, a primera vista, le pareció el interior de un sarcófago, donde su cuerpo lo ocupaba casi todo.

Incluso tuvo la impresión de que iba a faltarle el aire. No podía ver nada a través de la dura corteza que le rodeaba.

Sin embargo, tales sensaciones duraron muy poco. De repente, su «envoltura» pareció esfumarse y se encontró en el suelo, dentro de la cámara de hibernación.

Y ante él, sonriéndole, vio primero a Kare, con su atavío rojo. Detrás de ella, se encontraba Cloe Creutzer.

Esta última no llevaba puesto su casco de «vitrex», ñero sí el traje plateado con el escudo de la «Topace».

— ¿Es usted, señor Term? — preguntó Kare.

— ¿Qué hago aquí?

— Estar vivo, que es suficiente. Se ha librado usted de una muerte cierta.

— Si. Billy. Por una centésima de segundo. Kare detectó fuera de esta cámara una fuerte radiación. Conectamos un «observador» externo y le vimos allí tendido. No sé cómo lo hizo, pero una fracción infinitesimal de tiempo antes de producirse la explosión nuclear, le envolvió en un óvulo magnético o no sé qué y le trasladó aquí.

— ¡Oh, cielos! ¡Ahora recuerdo! —exclamó Billy, incorporándose y agarrando la mano que Kare le tendía—. George Pellet me trajo aquí. Quise impedir que destruyeran esto y me atacaron. Creo que perdí el sentido.

Billy explicó rápidamente, lo que había sucedido. Mientras él hablaba, Kare asentía con frecuencia.

— Sí. Ése era el mensaje que me transmitió Erge. Me avisaba de algo que él tampoco sabía qué era —manifestó Kare—. Estábamos muy distraídas aquí. Aunque con muchos siglos de distancia entre ambas, no dejamos de ser mujeres.

Esto hizo sonreír a Cloe.

— Me avisó el detector de radiaciones —continuó, diciendo Kare —. Detectó el peligro y creí que podía neutralizarlo, envolviéndolo en una esfera magnética, de suerte que la explosión no pudiera dañarle. Pero no quise correr riesgos. La granada podía ser muy potente y usted estaba allí, a pocos metros, insensible.

»Aquí no corremos peligro alguno: Ha sido completamente inútil lo

que pretendía hacer. Y entre dos soluciones urgentísimas, opté por salvarle a usted. La granada sólo ha producido un seísmo sin importancia y ha fulminado a dos de los hombres que la lanzaron.

— ¿Dos? ¿Quiénes son?

— No se les puede reconocer —contestó Kare—. Pueden verlos a través del visor exterior, pero no merece la pena. Hay otros que deberán recibir asistencia médica contra las úlceras.

— ¿Y la nave?

— No se preocupe, señor Tenn. Está fuera del radio de acción del estallido. En cuanto a nosotros, no corremos ningún peligro aquí dentro. Sabemos positivamente que no poseen ustedes miedo alguno de dañarnos. Éste es un buen refugio.

— ¿Y la radiación? No podremos salir de aquí.

— La radiación será absorbida en pocos minutos. Pero no necesitan ustedes salir por su propio pie.

Puedo ponerles en cualquier lugar de este pequeño mundo cuando me lo proponga.

— ¡Esto es increíble! —exclamó Billy Tenn, mirando a su alrededor, como si fuese la primera vez que veía aquel lugar.

— Pues debe creerlo. Todo cuanto hay aquí, al alcance de mi mano o de mi mente, es puramente científico. Sin embargo, ustedes no comprenderían la mayor parte de nuestros adelantos.

«Tanto yo como Erge pertenecemos a una civilización mucho más avanzada que la de ustedes. Hemos recibido una enseñanza distinta y hemos tenido también distinta evolución.

»Era inútil, pues, que Joel Nielsen pretendiera luchar contra nosotros. Una rata no puede vencer jamás a un león. ¿No está esto en su mente Billy?

— Sí, ¡oh! ¿Cómo lo ha sabido? —se sorprendió el ingeniero.

— El «gaerk» me traslada sus ideas y me las traduce —Kare sonrió —. Son ustedes adorables por su simpleza. Primitivos como si fueran niños. Y esto es lo que adoramos tanto Erge como yo.

— También tenemos niños traviesos — añadió Kare.

— Si, pero inofensivos. No era nuestro propósito revelarnos ante ustedes tal y como somos. Eso nos distancia muchísimo, separándonos por la insondable brecha del tiempo.

«Nuestro propósito era mostrarnos algo más técnicos que ustedes. Y una vez salidos de nuestro «invernadero», convivir con ustedes todo lo que nos fuese posible, enseñándoles, poco a poco, ciencias nuevas que les serían muy útiles.

»Ahora, mucho me temo que eso no pueda ser posible. Cuando las gentes se conocen demasiado, se acentúan las diferencias. Ustedes

siempre nos verán superiores y acabarán temiéndonos, o, en su defecto, adorándonos. No queremos ni una cosa ni otra. Por eso, será necesario separarnos. Pero les daremos claves para que puedan estudiar nuestra ciencia y comprenderla algún día. Nosotros lo hemos conseguido. Ustedes sabrán que nuestros logros son posibles, y no cesarán hasta conseguir lo que nuestros antepasados nos enseñaron.

»Y, ahora, vamos a regresar a la astronave. Nos esperan…

Capítulo X

Kare tendió a Larry Foex la Clave de Coordinación Central.

— Suplanté a Joel Nielsen para obtener esto. Así pude averiguar que la misión de esta nave, en su viaje de exploración por el espacio, es infinita,

Cloe Creutzer demudó el semblante al oír esto. Billy Tenn no pudo dar crédito a lo que oía.

Sólo Erge no pareció afectado por la noticia.

Sentado detrás de su mesa, Larry tomó la clave y la guardó en un cajón, diciendo en tono suave:

— No has debido revelar un secreto tan importante, Kare.

— Hay cosas en ustedes que no logramos comprender. ¿Por qué mienten? —preguntó Kare.

— Por razones de estricta disciplina. Nada más. Y no debo hablar de este asunto.

— Es necesario que toda la tripulación sepa que jamás volverán ustedes a su planeta —insistió Kare—. La verdad, por penosa que resulte, es necesaria.

— Toda la tripulación de la «Topace» acudió voluntariamente a la llamada del Consejo. Incluso yo. Se trataba de una expedición científica, de diez años de duración. Nada extraordinario.

»Fue después, al recibir las últimas instrucciones en esta Clave de Coordinación, cuando supe que no regresaríamos jamás, porque nuestro destino esta en las estrellas.

»Yo sé cómo gobernar la «Topace». Yo conozco los períodos reglamentados para dar cumplimiento a las órdenes. Nadie debía conocerlos. Y, paradójicamente, cuando se produjeran las primeras defunciones, yo debía autorizar los primeros nacimientos. Todo estaba perfectamente estudiado y controlado.

— ¡Pero si eso es lo que se proponía hacer Nielsen! —exclamó Billy Term.

— No exactamente —rectificó Larry — Él no pudo descifrar la Clave de Coordinación, porque desconocía la fórmula. E ignoro cómo lo ha podido averiguar Kare.

— El «gaerk» me dio la fórmula — contesto la mujer gorana— Mi mente está evolucionada, pero no hasta el extremo de poder interpretar esa serie de guarismos incoherentes. La máquina «pensante» descifró el enigma.

—¿Cuál es, entonces, el proyecto de la «Topace»? —preguntó Cloe

Creutzer.

— Llegar al infinito, o sea al punto más lejano de nuestro sistema, aunque tengamos que emplear en ello millones de generaciones.

— ¡Qué plan más absurdo! ¿Quién lo impulsó?

— Un hombre que ya ha muerto… Ben Creutzer.

—¡No! ¡Benny no pudo hacer eso! ¡Él me sugirió la posibilidad de que tomara parte en este viaje!

— Lo sé. Sólo yo sabía que pretendía librarse de ti — dijo Larry, tristemente.

— ¿Por qué? ¡No logro entenderlo! ¡Ben me amaba!

— No estés tan segura. Ni tú le amabas a él, ni él te amaba a ti — contestó Larry—. Y yo lo sabía. Ese ha sido mi mayor tormento en los tres años y medio que llevamos juntos. Casi he deseado que nuestro primer enfermo, Andy Bergen, muriese de su extraña e incurable enfermedad. Era el único modo de casarme contigo. Sólo muriendo un hombre a bordo, podía nacer otro. Y yo necesitaba forzosamente la continuidad hereditaria que permitiría a la «Topace» continuar su eterno viaje. Mi descendiente ocupará mi puesto en el futuro.

— ¿Es que la nave no puede regresar a la Tierra? ¡Todavía estamos a tiempo!

— No. Si yo volviera, sería juzgado por incumplimiento de mi deber.

— Empiezo a comprender —murmuró Cloe Creutzer—. No hay retomo. Hemos de crear vida propia en la nave, vida ordenada, controlada, reglamentada… ¡Y Benny fue el promotor de la idea…! ¡Para librarse de mí toda la vida! ¿Y qué podía favorecerle eso?

— El Consejero Creutzer estaba enamorado de su secretaria jefe, Irva Dook. Se proponían alcanzar juntos la Presidencia — explicó Larrry Foex—. Al menos, eso lo sabía todo el mundo, excepto tú, Cloe.

Una sonrisa burlona afloró a los labios de Cloe.

— ¡Qué ironía! ¡He estado tres años luchando con mi conciencia, coronel Foex, por no ser infiel a Ben! Y ahora resulta que él había preparado las cosas para librarse definitivamente de mí. Una expedición científica, de la que volveríamos cubiertos de gloria… ¡Y se trataba de un viaje sin retomo!

— Sí. Pero tu esposo ha muerto. Además, en la nave se han producido suficientes bajas para inducirme a implantar el primer estatuto de control de natalidad. Pueden nacer hasta doscientos niños. Por eso, ahora que la situación se ha aclarado, y mientras repararnos la nave, autorizaré cuantos matrimonios estime conveniente el Registro, previa consulta con las computadoras.

Larry se puso en pie y abandonó su asiento, para acercarse a Cloe.

— Quiero ser el primero en pedirte, oficialmente, que te cases conmigo.

— ¡No! — gritó Cloe—. ¡Jamás haré eso!

Y antes de que nadie pudiera reaccionar, la hermosa mujer de ojos verdiazules dio media vuelta y salió corriendo de la cámara.

* * *

— No te preocupes. Larry — musitó Kare, acariciando el fuerte pecho desnudo de su acompañante.

— No me preocupo, Kare.

— Te quiero más que nadie.

— Pero tu amor es pasajero.

— Tendré un hijo tuyo.

— Sí, hazlo —murmuró él abrazándola—. Larry Foex II, hijo de terrestre y gorana, fruto de dos civilizaciones distintas. ¿Cómo será?

— Apuesto, gallardo, valiente, justo, inteligente... Él selló los labios de Kare con las yemas de sus dedos.

— Espero que sea así — musitó.

Pero a la mente del hombre acudió la imagen de Cloe Creutzer, ahora casada con el condenado Joel Nielsen, a quien detuvo e hirió Derre, al ser hallado oculto en una de las factorías de producción química y alimenticia, donde se había refugiado.

Todo había sucedido en poco tiempo; demasiado rápido y de una forma extraña para poder ser comprendido. ¿Había tenido Kare algo que ver con todo ello?

— ¡No se fíe usted de nuestras mujeres, coronel! — Le había dicho Erge burlonamente—. Son capaces de todo con tal de conseguir el amor que buscan.»

¿Era esto cierto? ¿Reveló Kare el secreto de la Clave de Coordinación para conseguir el amor de Larry? ¿Provocó la extraña reacción de Cloe Creutzer? ¿Fue ella la que incitó a Cloe a defender a Nielsen a pedir después que deseaba casarse con el condenado a trabajos forzados?

— Déjame, Kare — musitó —. Estoy cansado.

Ella se incorporó dócilmente y se vistió su traje con rapidez.

— Sé lo que piensas, Larry. Y no debes dudar de mí. Todavía quieres a Cloe.

— No lo sé, Kare. Quisiera disfrutar de tu poder de penetración mental para saber lo que piensan los demás.

— Eso no es posible. Tal vez nuestro hijo, o nuestros nietos, hereden de mí ese poder. Las mutaciones hereditarias no suelen

producirse en la primera generación. Pero te atormentas inútilmente, Larry. Sabes que ella eligió a Nielsen por despecho, por odio hacia él, tal vez.

»Aquí no es posible condenar a un hombre al encierro perpetuo. Esto es un encierro de por sí. Y cada uno es necesario para cumplir su función. No podías, pues, hacer ejecutar a Nielsen. Los muertos no podían ser resucitados ya. Y los vivos eran útiles.

— Cada día me sobrecoge más la idea de no poder regresar jamás a mi mundo, Kare —confesó Larry—. Al principio, cuando yo sólo era dueño del secreto, lo soportaba mejor. Ahora, debiendo crear una nueva conciencia en la tripulación, cosa que dudo mucho de conseguir hasta que hayamos atravesado el punto de «no retorno en vida», sufro lo indecible por temor al fracaso.

— ¿Es que vas a quererme siempre?

—¿Y Qué otra solución tengo? Ahora, soy físicamente joven. Estoy envejeciendo como tú y como Erge. Todos envejecemos porque el tiempo es nuestro enemigo. Para no envejecer jamás, sería necesario volver a la cámara de hibernación, a la nada, al vacío y al silencio, como cuando estábamos allí Erge y yo. Pero ahora somos muchos. Aquí hay vida, hay continuidad. Y tal vez de nosotros surja una raza nueva, mejor dispuesta y preparada que la vuestra.

— No lo dudo —comentó Larry, empezando a levantarse del lecho, donde yacía—. Erge habrá de ser condenado a llevar el cinturón de castidad. Cuando empiecen a nacer bebés en la «Topace», todos tendrán las facciones de él.

Kare sonrió.

— Ya empiezas a pensar como un gorano. Los descendientes de una raza no son fruto de un solo ser. Ello empobrecería la sangre. La renovación es natural. Pero ese fenómeno no se produce en una generación. Es preciso el concurso de muchos años, siglos incluso, para que la fuerza vital sea predominio de todos.

»Por eso, en Goran no tenía importancia quién fuese el padre. Y las madres tenían descendientes hasta por procedimientos artificiales. Fue un fracaso total el ensayo «vitrogenético», o nacidos en tubos de vidrio. El claustro había sido artificial. Salieron seres, sí; pero degeneraron rápidamente y desaparecieron.

»La biogénesis es natural y radica en un principio divino aún no descubierto. No esperes encontrar la explicación ni en los confines del universo ni en los arcanos y recónditos secretos de la metafísica. Sólo sabremos la verdad al atravesar la barrera del más allá, o cuando el ser humano haya alcanzado el Destino Supremo, lo cual está todavía muy lejano, porque el número de misterios es todavía infinitamente

superior al número de descubrimientos.

— Creo que tienes razón, Kare. Lo único que me preocupa es una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Me aceptará Cloe cuando tú te hayas cansado de mí?

Kare se echó a reír estrepitosamente.

— ¿Quieres que te confiese un secreto?

— Sí.

— Cloe también está tomando conciencia gorana. Puedo asegurarte que Erge la ha visitado algunas veces.

Larry Foex se maldijo por su baja condición humana.

* * *

Los sabios consejos de Erge fueron utilizados para restaurar la astronave. En pocos meses, la «Topace» ofrecía, sobre su improvisada rampa de lanzamiento, el mismo aspecto que cuando navegaba por los oscuros espacios siderales.

La reparación había sido meticulosa. Erge y Kare contribuyeron a ello grandemente.

Cerca de donde descansaba la «Topace», un cementerio terrestre, cubierto de cruces, indicaba el lugar donde yacían las víctimas del accidente provocado por Joel Nielsen.

El despegue iba a iniciarse pronto y detrás, sobre el seco suelo de Agamenón, sólo quedarían leves vestigios del paso de los hombres

Pero también de su ancestral tumba de «crisenita» — la cámara de hibernación gorana — habían desaparecido los legados de una civilización que empezaba a revivir. Todo el material acumulado por el sabio Celon, había pasado a la nave. Kare y Erge eran depositarios de los secretos de un mundo destruido. Ellos los transmitirían a sus descendientes.

¿Quién sabe si, alguna vez, la nave viajera no regresaba a su punto de partida?

En el puente, ultimando los preparativos para la reanudación del viaje, el Jefe daba las órdenes:

— Condenado Nielsen, toma el mando de la computadora de sondeo.

Joel Nielsen, sin distintivos de mando, obedeció, después de mirar brevemente al Jefe.

— Oficial Rob, Operación Segunda.

— Operación Segunda, Señor.

— Control de Posición, dispuesto.

Dentro de la sala de trazado, Erge, como Oficial de Navegación, marcaba en el hemisferio una órbita cuya coordenada transmitió por la pantalla al Jefe.

— Orbitación preliminar y curso en sesenta segundos a C-D-A-9.

— Correctamente, Erge.

La tensión crecía en el interior de la nave, donde todos los tripulantes ocupaban sus puestos para el despegue.

— Sala de reactores —avisó Larry, inclinado sobre el tablero de órdenes—. Encendido Uno… Encendido Dos… Encendido Tres.

La poderosa astronave se estremeció, sacudida en toda su estructura metálica por la explosión de los motores atómicos.

En la pantalla central de control, el horizonte de Agamenón osciló.

— Velocidad 10… 20… 30… 40… —fue repitiendo la voz del oficial Rob, mientras la situación de las estrellas cambiaba constantemente en la pantalla central.

— Encendido Cuatro… Encendido Cinco… Encendido Seis — repitió también Larry.

— Posición Correcta —habló la voz de Erge.

Hubo una pausa, donde nadie parecía respirar, hasta que de la sala de computadoras llegó el informe resultante de la operación de despegue.

— Posición orbital C-D-A-9. Curso correcto, Señor.

Larry Foex respiró aliviado y se volvió hacia donde Joel Nielsen levantaba la cabeza de su pantalla de observación.

— No creíste que esto pudiera ocurrir, ¿eh, condenado?

— ¿Por qué me has de llamar siempre condenado? — barbotó Nielsen.

Has sido juzgado por rebelión. Estás condenado. No debes olvidarlo.

— ¡Pues hazme encerrar en una celda! — gritó Joel.

Erge salió de la sala de trazado y declaró en tono conciliador:

Te necesitamos, Joel. No tiene objetivo sacrificar una vida preciosa. Es preciso crear conciencia común. Todos somos partes vitales de la nave.

— Él siempre me está mortificando.

— Intento no dejarte olvidar tu sentencia.

— Es obvio. Pero eso no conduce a nada más que a exacerbar a Joel. ¿Quieres tomar un cordial conmigo, camarada?

Joel Nielsen bajó la cabeza. Le abrumaba Erge. Se sentía como desnudo ante él, indefenso, aunque el otro le había repetido frecuentemente:

»— No veas en mí a una inteligencia superior, Joel. No hay

diferencia entre nosotros. Educa tu mente, evoluciona, cambia.

— Iré con vosotros —intervino Larry, tomando del brazo a Nielsen —. Amigo condenado, creo que ahora vamos a entendernos mejor. Erge tiene razón. Si hemos de permanecer juntos toda la vida dentro de esta nave, es mejor que seamos amigos.

— ¡Soy un condenado!—exclamó Nielsen con resentimiento.

¿Y qué importa eso? Has colaborado en el despegue de la nave. Nos necesitas y te necesitamos. Podemos tomar juntos un trago: lo hemos merecido.

—¿Por qué no hemos puesto rumbo a la Tierra? —preguntó Nielsen, mientras salían juntos del puente de navegación.

— Porque yo no traiciono jamás una causa —replicó Larry—. Me encomendaron una misión. Me han confirmado en mi destino y yo sigo adelante. Esta misión es importante. Alguien debe sacrificarse para establecer numerosas leyes que ahora sólo son hipótesis. La ciencia está por encima de nuestros insignificantes intereses.

— En eso estoy de acuerdo —medió Erge, entrando en el ascensor horizontal—. Alguien tiene que llevar nuestra semilla a los confines de la Galaxia, donde hay muchas cosas por descubrir.

»Será interesante comprobar los cambios efectuados en el cosmos durante noventa y tres billones de años.

Al salir del ascensor, se encontraron en una sala de diversión, donde estaban reunidas muchas personas, charlando, paseando, bebiendo o jugando.

Cloe Creutzer se acercó a los recién llegados y echó los brazos al cuello de Larry Foex:

— Hola, querido —dijo—. Te felicito. Temí que algo pudiera fallar en el último instante.

— Ni siquiera Joel ha fallado.

Nielsen estaba mordiéndose los labios ante la demostración de afecto de su esposa con el Jefe.

— ¿Ahora le quieres a él, Cloe?

— Siempre lo he amado. ¿Para qué sacrificarme más? Nuestro orgullo debe desaparecer.

— Conciencia gorana, Joel. Esto tema que suceder... ¡Oye, mira! ¿Quién es esa mujer que está con Billy Tenn?

— Es la doctora Cristhy Cohen. Acaba de salir de la enfermería.

— ¡Vaya, vaya! Es todo un primor. Preséntamela, Joel.

— No. Prefiero no hacerlo. Mi conciencia gorana no es tan firme como la tuya. Oye, ¿qué hay de Kare? Si pierdo a Cloe, ¿crees que puedo aspirar a su amistad?

— Desde luego, Joel, Kare es más gorana que yo.

Viendo a Larry y a Cloe marchar hacia el mostrador del bar, Joel Nielsen pensó que la pérdida, después de todo, no era grande. Había mujeres tan hermosas como Cloe a bordo.

Y el viaje sería tan largo…

FIN

Próximo título:

EL HOMBRE SIN TIEMPO

Los hombres necesitarían un hombre como Khan, capaz de vivir un millón y medio de años.

Khan era un ser real, humano y justo, que había marcado un destino a la Humanidad.

Pero... ¿podría ésta alcanzarlo?

EL HOMBRE SIN TIEMPO

Es otra asombrosa obra de

PETER KAPRA

BOLSILIBROS TORAY

OESTE

	ARIZONA	Publicación quincenal	10 PTAS.
	RUTAS DEL OESTE	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SEIS TIROS	Publicación quincenal	10 PTAS.
	HURACÁN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	SIOUX	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPUELA	Publicación quincenal	10 PTAS.

GUERRA

	HAZAÑAS BELICAS	Publicación quincenal	10 PTAS.

ANTICIPACION

	CIENCIA FICCIÓN	Publicación quincenal	10 PTAS.
	ESPACIO	Publicación quincenal	10 PTAS.